

2011-01-01

# El esposo del mar y otros relatos

Silvana Ayala Pelaez

*University of Texas at El Paso*, silvanaa@gmail.com

Follow this and additional works at: [https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd)



Part of the [English Language and Literature Commons](#)

---

## Recommended Citation

Ayala Pelaez, Silvana, "El esposo del mar y otros relatos" (2011). *Open Access Theses & Dissertations*. 2437.  
[https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd/2437](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2437)

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

EL ESPOSO DEL MAR Y OTROS RELATOS

SILVANA AYALA PELAEZ

The Department of Creative Writing

APPROVED :

---

Luis Arturo Ramos, Ph.D., Chair

---

Fernando García Nuñez, Ph.D.

---

Daniel Chacón, MFA.

---

Patricia D. Witherspoon, Ph.D.  
Dean of the Graduate School

Copyright ©  
By  
Silvana Ayala  
2011

A mis padres

"A dreamer is one who can only find his way by moonlight,  
and his punishment is that he sees the dawn before the rest of the world." ~

Oscar Wilde

EL ESPOSO DEL MAR Y OTROS RELATOS

By

SILVANA AYALA PELAEZ, B.S.

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2011

## Prefacio

### Realidad

Desde la antigüedad, los filósofos han discutido qué es la *realidad*. De acuerdo a la Real Academia Española de la lengua, la realidad es “la verdad, lo que ocurre verdaderamente” y es definida también como “lo que es efectivo o tiene valor práctico, en contraposición con lo fantástico e ilusorio”. El ser humano, curioso por naturaleza, ha perseverado durante milenios en la búsqueda de la verdad, por eliminar el misterio de todas las cosas, por dejar un solo mundo sin artificios, por encontrar el hilo negro. Ha pasado de creer que Thor manifiesta su furia con descargas luminosas en el cielo, a entender que los rayos son una descarga eléctrica. Ha pasado de creer en cuatro elementos como la sustancia básica de todas las cosas, a imaginar un átomo en cientos de formas y conceptos, encontrarlo para después darse cuenta de que quizás el átomo no es la unidad fundamental. Hasta el día de hoy, siempre hay algo más, algo inexplicable: a pesar de las teorías, todavía no se sabe cómo se produce el relámpago, y en cuanto a los átomos, los físicos tienen tantas especulaciones como dimensiones pueden *imaginar*. Si es que hay una realidad, ellos no la han alcanzado. La realidad deja -hoy siglo XXI, de comunicación instantánea para resolver dudas y encontrar información- bastante a la imaginación y mucho a la incertidumbre.

Con base en los argumentos anteriores se acepta que es imposible para un ser humano aprehender en todas sus dimensiones a la realidad, y por lo tanto se abre la puerta a lo fantástico, a lo ilusorio. Es fácil creer en lo que se percibe, y aunque los niños por naturaleza son inquisitivos, mientras crecen la sociedad va moldeándolos en fundamentos, comportamientos y conocimientos que ésta reconoce como “reales”. Por otra parte, al crecer la corteza cerebral se vuelve menos

moldeable y se estanca en la comodidad de buscar una realidad, la más cercana, y apegarse a ella. Los caminos neuronales que fortalecemos son los que más caminamos y las sinapsis buscan patrones en el mundo, verdades que parezcan verdades aunque no lo sean. Porque muchas de las cosas que creemos percibir y que creemos saber son mentira: por ejemplo, la materia sí se crea y se destruye. Si ese axioma básico que todo alumno de secundaria aprende hasta la médula es falso, ¿qué más lo será? ¿Qué es lo verdadero? ¿Qué es la realidad?

Carpentier escribe que lo que llamamos *realidad* no es sino “una construcción mental variable de una época a otra, de acuerdo a la concepción del mundo imperante en cada una de ellas” (Villanueva, 42). Pero “cada cabeza es un mundo” y cada realidad es muchas realidades que fluctúan con cada dimensión y sinapsis involucradas. El meollo de este libro es que no hay una sola realidad; no hay un solo mundo.

## La ficción

“Art is not an imitation of nature but its metaphysical supplement,  
raised up beside it in order to overcome it”

Nietzsche, *The Birth of Tragedy*

Borges rechaza cualquier intento de literatura realista; si es imposible aprehender la realidad en la mente, menos lo es plasmarla en la prosa. La literatura imita a veces a la “realidad”, pero no deja de ser ficción. Ni periodistas ni historiadores logran capturar la esencia del mundo, pues están limitados a sus sentidos, e incluso supeditados al azar de estar en el momento adecuado o hablar con la persona adecuada.



El realismo ruso intentó ser tan fiel a la realidad que se llenaron páginas y páginas de detalles. Y aunque la mente del lector logra embeberse en ellos, entrar a ese mundo ficcional, esa “realidad en papel” sigue siendo distinta de la “realidad real”.

Ninguno de los cuentos que integran este libro pretende capturar a la realidad. Ninguno pretende ser realista. Es cierto que varían en grado de fantasía, pero todos son ficción. Como dice Vargas Llosa, “la experiencia es la fuente de la cual fluye la ficción” (Llosa, 29). Sí, hubo una persecución de orientales en Sonora (y sí, las crónicas registran un chino escondido en una letrina, pero no en la playa). Sí, hubo un trágico incendio de una guardería en Hermosillo (05/06/09). Un autor toma elementos de su experiencia para entretejerlos en los cuentos; a veces son leña para su obsesión, o a veces se convierten en simples detalles que ayudan a crear la realidad dentro del cuento.

Pero, ¿qué se le debe a la verdad? La literatura es política, y escribir un cuento de un hecho real como lo es el incendio de una guardería quizás implique para muchos la necesidad de que sea lo más veraz posible. Pero no concuerdo. La literatura no le debe nada al mundo real, sólo a sí misma. Dentro del nuevo mundo creado por un cuento, la única verdad es ser sincero a la forma y sus necesidades, al lenguaje, no a una *verdad* que como ya se argumentó es in-aprehensible.

“In any piece of fiction, the writer’s first job is to convince the reader that the events he recounts really happened” dice John Gardner (Gardner, 22). Y aunque el trabajo del lector es suspender la incredulidad (ignorar el camino usual de sinapsis que lo atan al mundo real), el del escritor es 1) dar detalles vívidos que sean la sangre de ese mundo de papel y 2) lograr que el lenguaje fluya cargando esos detalles y desaparezca, que no interrumpa la inmersión del lector en la historia, de la misma forma que las venas permiten que la sangre fluya ya que las venas ocluidas son fatales para la salud.

## Estructura del libro

Platón propuso en *La República* el “mito de la caverna”. En él, los seres humanos están encadenados a una pared, viendo simplemente sombras de lo que hay afuera de esa realidad a la que están sometidos. Platón planteó que el mundo que percibimos no tiene sino una ligera semblanza con las formas más reales y fundamentales. Empero, si estas sombras que se perciben constituyen la realidad para los prisioneros, el choque con nueva información o eventos las justificará ante sus propios ojos y el de los demás como elementos quiméricos, de la imaginación. Quizás eso es el realismo mágico: vislumbrar en un deslíz lo que hay más allá de la realidad, las sombras, a la que estamos acostumbrados. Los cuentos de *El esposo del mar y otros relatos* representan algunos grados de iluminación con respecto a esta verdad (o fantasía), sosteniendo que, así como los reyes magos no eran tres, ni reyes, ni magos, la realidad no es real ni es sólo una.

Este libro va de la “realidad” (que tiene siempre algo de maldad, belleza y humor) a lo completamente fantástico. Algunos cuentos, como el que da título a la colección, tienden hacia el realismo mágico de Gabriel García Márquez: no es literatura fantástica porque no pretende desconcertar al lector, que es una de las diferencias fundamentales en los dos géneros. Franz Roh, en su libro *Magischer Realismus* (1925), utiliza el adjetivo *mágico* como “índice de un misterio que no desciende al mundo representado, yuxtaponiéndose con mayor o menor armonía en él, sino que palpita en su mismo seno” (Villanueva 36). Lo mágico en estos cuentos se encuentra entre una y otra capa de realidad, en los resquicios. Lo fantástico siempre está ahí escondido, hasta que se quiebra lo real y aparece.

Un libro de cuentos, idealmente, no es una aglomeración de cuentos sin ton ni son; los cuentos deben estar unidos ya sea por estilo, técnica narrativa, premisas, temas, etc. En el caso de este libro, todos los cuentos tratan, desde diferentes aspectos, una realidad percibida, imaginada y creada por personajes en una situación de crisis, una situación límite en donde como todo cuento, el lector advierte algo a partir de dicha situación. Es parte del objetivo el desacreditar el concepto de realidad en la ficción por medio de la voz narrativa y punto de vista, y lograr sacar a flote lo mágico que yace latente entre las capas de la verdad.

Los cuentos están organizados en tres grupos: la realidad, la realidad trastocada y la *i*-realidad. Cada grupo ahonda más en la pérdida de la realidad y los cuentos de cada uno de los grupos van llevando de forma gradual por las distintas posibilidades, hasta llegar a los cuentos de hadas y cuentos completamente fantásticos. De lo real, al hoyo negro y su más allá.

## La realidad

Este grupo contiene cuentos que son plausibles dentro del mundo real. Cuentos “realistas”. Es posible tener un periodista cuya exnovia se haya muerto. Es posible tener una tejedora ciega. Pero los protagonistas de este primer grupo de cuentos tienen mucha similitud con los seres humanos encadenados de Platón, pues ven lo que ellos creen que es la realidad.

Varios de los cuentos usan un narrador testigo que ve lo que el otro no ve. Esto pone en crisis la realidad: la realidad de Ebony es su pasión por llegar a ser una titiritera; la realidad del empleado de la escuela de arte es que ella es una mendiga en los escalones de donde él trabaja. Entre el personaje narrador y el otro personaje hay un cristal que los separa; el visitante al zoológico que admira al tigre enjaulado que camina por su selva ficticia como si aún fuese el rey.

Lo que encadena a los personajes en cada cuento difiere: a Paprika, su niñez perpetuada. En “Ebony”, la ceguera. En “Azucena”, el deseo sexual y en “BeldeVoe”, su ostracismo debido a un accidente. Ebony ignora cómo la miran los turistas, o que el narrador siente una ligera admiración por su historia sin que ésta llegue a conmoverlo. El narrador conoce lo que son las sombras de Ebony; Lucía conoce la verdad de Rubén.

Paprika narra una escena en la cual su ignorancia de niña desencadena una tragedia. Es la historia de cuando estaba encadenada viendo las sombras, aunque ya no lo esté más. El narrador en “Paprika” conoce la verdad de su presente, la cual va mostrando poco a poco al lector, que lo ignora.

En “Azucena”, ella nos sonrío desde las fotos, incauta de las pasiones encontradas que despiertan en su honor. Tomás se convierte al final del cuento en testigo propio, cuando se percató de que ha sido presa de su pasión y que eso sería “mal visto” por la sociedad.

La forma en los cuentos de esta primera parte tiene muchas similitudes. En “Paprika” y “Ebony” aparece un narrador testigo desde el cual escuchamos sus narraciones, la de Paprika en secciones completas y la de Ebony embebida en el texto. La presencia del narratario en la historia vuelve más evidente el choque de las realidades externas e internas, en una suerte de espejo que muestra la “verdad” al lector. En “Blanca” sucede algo parecido: Lucía es la narradora testigo que observa cómo su madre, senil, comienza a hablar con los muertos.

“Beldevoe” está escrito en primera persona, un narrador que observa y es observado. Es por medio de los detalles de la observación que el lector se percató que el payaso no tiene la misma recepción que imagina. Es un narrador en primera persona no confiable por completo. Se levanta la venda para el lector, mas no para el personaje narrador. Por otra parte, “Azucena” está escrito en una tercera persona desde el punto de vista de Tomás; en cierta forma, el acercamiento y

alejamiento que hay con Tomás crea el efecto del testigo y personaje que se ve en los demás cuentos.

## La realidad trastocada

Según Platón, existe el mundo de las ideas y el mundo de lo real. En la segunda parte del libro, la mente de los prisioneros de la cueva vuela al exterior, se olvida de la cueva, descubre otra realidad sólo para quedar atrapada entre las sombras. Los personajes de esta sección pierden contacto con la realidad aceptada por la sociedad, viven experiencias que sólo pueden ser catalogadas como psicóticas. Esto sucede en “Guerra”, “Payasos” y en “El Otro”. Son cuentos donde la realidad ha sido trastocada, donde los protagonistas han salido de la cueva, de su patrón de pensamiento usual y han quedado cegados por la luz.

En “Guerra”, las realidades comienzan a mezclarse gradualmente hasta que se amalgaman. Por ejemplo, Félix en sus remembranzas compara el tazón de palomitas con un casco de guerra. Éste y otros detalles van creando la mentalidad para que Félix se sienta en la guerra y pierda el control de sus acciones, matando al gato. Para el protagonista, es fuerte el choque con la realidad una vez que termina el traslape: ha perdido el control y trastocado su mundo, el de su esposa y del gato.

La última historia de esta sección, “Payasos”, sirve de transición hacia el bloque titulado la *i*-realidad. El episodio psicótico es más extenso y el Sr. Dagieu se sumerge completamente en una realidad alterna. Muchos elementos del cuento -como el cambio del color de los zapatos de América y la misteriosa certeza de todos sus diálogos, el laberinto del edificio, entre otros- van empujando la historia hacia un punto en el cual lo “real” se quiebra y todo se sale de control. En

“Payasos”, a diferencia de “El otro”, el lector no tiene forma de saber si es un episodio psicótico o simplemente fantástico. La nueva realidad se va mezclando con naturalidad y se acepta como tal, al igual que en la corriente del realismo mágico. En “El Otro”, al final se descubre cómo la premisa de la narración –que el reflejo del protagonista tiene voluntad propia- es sólo parte de la percepción de un enfermo mental.

## La $i$ -realidad

$i : \sqrt{-1}$ , unidad de los números imaginarios.

Los números complejos pueden ser expresados como una suma de un número real y un número imaginario ( $a + bi$ ). Los números imaginarios, que carecen de existencia real, se denominan con la unidad imaginaria de  $i$ . En física cuántica, esta unidad permite describir los estados cuánticos variables en el tiempo. Los estados cuánticos son como escalones: un quark está siempre en un nivel o en otro, pero no en medio. Pero la mecánica cuántica estudia estas excepciones, con  $i$ . Como ya argumenté antes, la realidad es compleja, y por ende tiene también una parte real y una imaginaria. Los personajes de la mayoría de las historias generalmente están en un escalón u otro, en una realidad u otra, pero en esta sección de *El esposo del mar y otros relatos*, los personajes entran en la  $i$ -realidad, se quedan en medio de los escalones, encuentran lo mágico, lo inesperado al subir confiados por las escaleras de sus vidas.

Retomando la metáfora de Platón, aquí los personajes ya han salido de la cueva, y lo que el lector encuentra es sorprendente e inesperado. Lo que hay fuera de los bordes de la realidad, donde este mote no aplica, es fantasía. Magia. La tercera tanda de cuentos es la que se toma más licencia con lo irreal, y está compuesto de “La persecución de los chinos”, “El esposo del mar”, “Pluma

Blanca”, “Post cuento de hadas” y “Velas”. Cada cuento difiere en su acercamiento a la *i*-realidad, como veremos a continuación, y el orden atestigua también el aumento en la perturbación de la realidad.

“La persecución de los chinos” se afianza en muchos detalles que parecen/son históricos y no es sino hasta el final, donde el narrador japonés se enfrenta a un callejón sin salida, donde comienza la ilusión y se transforma en un pez que, además, es el narrador del cuento; lo cual transforma la percepción inicial que el lector se ha formado de la historia. El componente real de este cuento es muy fuerte desde el inicio, pero este *mist* al final derrumba lo percibido como real.

En “El esposo del mar” un ser fantástico viene al encuentro de Gonzo. Lo irreal toca a su puerta y pasa, inundando su piso y su realidad. Este cuento donde se explora la magia del folclore local de los pueblos, que amalgama imaginario colectivo y experiencia. Además, en cierta forma, este cuento habla de la necesidad de escribir: el esposo del mar demanda historias, historias como las de este libro. La imaginación demanda su espacio en el mundo, en el papel, en la ficción.

“Pluma Blanca” es un cuento de atmósfera: un bar donde la percepción de la realidad se ve sumergida por el alcohol y la asfixia. Ni la luz ni el tiempo viajan de la misma forma que en el mundo “real” que se encuentra fuera del bar: “el reloj se rehúsa a avanzar”. Todo se vuelve estático y refractado; el narrador se desdobra en dos personas, se desfasa de la realidad en una espiral que gana cada vez más velocidad hasta ser tragado por el hoyo negro al final de la historia. Es en este antepenúltimo cuento donde el narrador pierde su punto de vista y se vuelve miles de puntos de vista. Ya no hay más realidad. A partir de aquí, el componente real de los cuentos desaparece por completo, y nos queda explorar la *i*-realidad no desde su contacto con la realidad, sino desde su propio centro: el cuento de hadas y el cuentos fantástico.

“Post-cuento de hadas” utiliza como elementos narrativos los personajes de Hansel y Gretel. La luz, el reflejo, los espejos de esa realidad no funcionan “normalmente”. Es un cuento al estilo de *Einstein’s Dreams*, de Lightman, explorando una realidad donde la física no funciona. En este cuento, la manzana de Eva queda tirada a los pies de Gretel. La manzana nos lleva al Edén, al origen del mundo, ahora derrotado y puesto a los pies de un famoso personaje de ficción, también derrotado: el reflejo de Hansel (lo irreal) vaga libre por el mundo. Lo *i*-real toma control de la realidad.

El cuento que cierra este libro se titula “Velas”. La premisa es simple: no existe la luz eléctrica. Hemos pasado de un mundo de cuento de hadas a un mundo kafkiano. La realidad sombría de ese mundo no se parece a la “realidad real” de nuestro mundo, aunque es quizás una posible configuración, luego de una dosis de fantasía. La conversación que tienen Kianicka y el hombre de ojos azules lo revela:

-No quiero ser ciego.

-Nadie quiere, pero de todos modos en la noche nadie puede ver.

Esta frase, tan cerca del final, nos devuelve a la caverna de Platón: la realidad no es una, sino muchas, y es inasible. Al final, el hombre decide esconderse en las tinieblas, pues ese mundo alterno, fantástico, lejos de la caverna, tampoco es lo que buscaba.

## Otros puntos sobre la *i*

Un tema que permea el libro es la crueldad humana. Cada historia tiene un elemento retorcido: “Ebony”, la hermana que ata a su hermana menor; “Azucena”, el hombre que se



masturba con la fotografía de la amante muerta. Incluso en “Paprika” aparece el tema de la maldad infantil. La presencia de estos elementos “oscuros” en los cuentos es una reflexión de la naturaleza humana: el ser humano busca reconocer una realidad regida por reglas morales, y lo retorcido, la maldad y la crueldad no pertenecen a este mundo, sino a la otredad: la madre de Paprika golpea a su hija, pero al ver la realidad de sus acciones expuestas en las palabras de la hija, la niega. En “Payasos”, el arquitecto Dagieu ha suprimido su error y sus consecuencias, a tal grado, que desencadenan el episodio psicótico con América. En “Pluma Blanca”, la maldad se desdobra en un *döppelgänger* y el protagonista, a pesar de no reconocerse, es culpable de la extraña situación en el patio trasero del antro. Es parte de mi intención el exponer esta maldad de forma sutil, sugerente, como el coleccionista que encaja agujas en las mariposas para exhibirlas.

Cabe mencionar que hay dos cuentos de payasos. Los payasos usan maquillaje, una máscara que oculta su cara, su realidad. Quizás ciertas realidades son máscaras, un maquillaje también para la *i*-realidad. Y en cierta forma, muchos de los personajes de los cuentos también son payasos sin serlo: Tomás, Blanca y el narrador de “El Otro” temen al ridículo, a ser observados y juzgados. Paprika está en el mundo del espectáculo y Ebony desea estarlo. Todos los personajes se saben observados o desean ser observados, desean la apreciación de su público.

Los ojos y los espejos son parte importante de todos los cuentos. En la primera parte, no hay más espejos que los testigos. En la segunda y la tercera parte abundan los espejos como elementos narrativos. Un espejo es una representación de lo que no es; el reflejo de algo pero trastocado: lo que aparece a la derecha en el espejo, el espectador lo ve a su izquierda. Los espejos son también puertas, hoyos de gusano, que llevan a la *i*-realidad; Lewis Carol los usó en las segundas aventuras de Alicia, y, en este libro, “Post-cuento de hadas” son usados de la misma forma.

Es importante recalcar la presencia del mar. En la tercera parte donde las olas de lo mágico han sumergido a la realidad, este elemento narrativo está siempre presente. El mar es una metáfora que vertebra el libro desde el título: *El esposo del mar y otros relatos*. La masculinidad presente en el título resuena con los narradores predominantemente masculinos, que como las olas del mar dejan entrever la arena, ellos dejan entrever la presencia femenina. El único cuento que tiene un narrador femenino es el cuento que cierra la sección de Realidad: “Blanca”. El narrador en 3era persona está focalizado desde la mente de Lucía; pero en todos los demás cuentos el narrador es masculino, a pesar de que narre la historia de una mujer (como “Paprika” o “Ebony”), o que utilice un narratario mujer (“La persecución de los chinos”). El resto de los cuentos están narrados en primera persona por personajes masculinos (“Payasos”, “BeldeVoe” y “Pluma Blanca”), o en 3era persona.

¿Por qué la excepción? Porque “Blanca” es el horizonte de eventos del hoyo negro que comienza a tragarse la realidad, el punto de no retorno, a partir del cual se desbocan hacia la *i*-realidad con mayor fuerza hasta culminar en el hoyo negro de Pluma Blanca. La literatura fantástica y el realismo mágico tienen muchas veces puertas que dan paso a lo irreal; hoyos de gusano y hoyos negros por donde el lector (y el personaje) pasan inadvertidos.

Los cuentos de la sección de realidad trastocada tienen hoyos de gusano, y los de la sección de *i*-realidad tienen hoyos negros. La diferencia radica en que, en los hoyos de gusano, después de la “puerta” o *trigger* de la irrealidad, el personaje regresa en cierta manera al mundo real; pero cambiado o trastocado en su ser. Es el precio a pagar. Felix entra a la guerra y regresa a su cocina con un gato muerto en sus manos. El Sr. Dagieu entra al hoyo de gusano con el cambio del color de los zapatos de América, y al final logra salir del salón y del edificio. Por el contrario, los hoyos negros no permiten que lo que entra en ellos salga jamás: el japonés en “La persecución de los chinos” cruza el horizonte de eventos al comer el pez y se transforma por siempre en uno. El

narrador de “Pluma Blanca” es empujado por todos los eventos del cuento hasta ser tragado por el hoyo negro. Hansel cruza el umbral al tocar el espejo y muere, etc. Los hoyos negros destruyen la realidad conocida a su paso.

Por último, el mar volcándose en la arena es también simbólico de lo *i*-real cubriendo a la realidad, emergiendo de la profundidad donde late constantemente. Cada cuento es como un cajón que guarda el océano dentro, reliquias de ficción, fantasía y realidad. Eso quiere ser este libro.

## Bibliografía

- Villanueva, Mario y Viña Liste, José María. *Trayectoria de la novela hispanoamericana actual. Del “realismo mágico” a los años ochenta*. Editorial Espasa Calpe. Madrid. 1991.
- Gardner, John. *The Art of Fiction*. Ed. Vintage. U.S., 1985.
- Llosa, Vargas. *Letters to a Young Novelist*. Ed. FSG. U.S. 1997.
- Lightman, Alan. *Einstein’s Dream*. Ed. Pantheon. U.S., 1993.

## Tabla de contenidos

|  |     |
|--|-----|
| Acknowledgements .....                       | iii |
| Prefacio .....                               | vi  |
| Bibliografía .....                           | xix |
| Tabla de contenidos .....                    | xx  |
| Parte I. La realidad .....                   | 1   |
| Paprika.....                                 | 2   |
| BeldeVoe.....                                | 9   |
| Ebony .....                                  | 15  |
| Azucena.....                                 | 18  |
| Blanca .....                                 | 21  |
| Parte II. La realidad trastocada .....       | 45  |
| Guerra .....                                 | 46  |
| Payasos .....                                | 51  |
| El otro .....                                | 62  |
| Parte III. La <i>i</i> -realidad .....       | 66  |
| La persecución de los chinos en Mejiko ..... | 67  |
| El esposo del mar .....                      | 75  |
| Pluma Blanca.....                            | 82  |
| Post-cuento de hadas .....                   | 86  |
| Velas .....                                  | 88  |
| Curriculum Vitae .....                       | 94  |

Parte I.

La realidad

## Paprika

A Paprika le tomó mucho tiempo contarme su historia. Comenzó a narrármela durante una celebración en un restaurante. Estábamos de break y en los breaks generalmente platicábamos de cosas inconsecuentes –libros y música, o lo que haríamos en el siguiente cumpleaños. Pero esta vez, sin quitar los ojos de la bebé que, en brazos de su hermana soplabla la única vela de un pastel de cumpleaños, dijo: “Todo comenzó con mi hermana,” y calló por otros cinco minutos. Nunca antes había hablado de su familia ni de su pasado. Aunque nuestro trabajo requería que sonriéramos mucho, yo notaba que su cara era una máscara más oculta por el maquillaje. Contó su historia con la parquedad de siempre y yo procuré mantener la misma cara, impasible, sonriente, por si los padres de los niños en fiesta volteaban a verme.

“Todo comenzó con mi hermana...”, sus uñas acrílicas acariciaron la porcelana de la taza. “Fue hace tanto tiempo que apenas recuerdo su cara y ahora, al ver las fotos de cuando era bebé, casi siento que veo el álbum de alguien más. Pero cualesquiera que hayan sido sus facciones, recuerdo que era hermosa. No todos los niños pequeños son hermosos, pero ella lo era. Ella era como una muñeca para mí, una muñeca siempre feliz a la cual podía vestir de fiesta, sentar frente a una pequeña mesa de plástico y servirle té imaginario o fingir darle clases mientras ella chupaba alguno de los crayones o joyas de fantasía que mi madre nos había regalado.

Fue en una de estas sesiones en la que la golpeé. De niña yo tenía un temperamento muy volátil y la golpeé; no fuerte, pero mi bofetón dejó marcado en su mejilla el anillo de fantasía que llevaba. Su piel suave comenzó a amoratarse en los bordes de la herida y el cachete se convirtió en un globo morado que se infló e infló y explotó en un llanto que trajo a mamá. *Estaba tirando su taza y*

*se la acomodaba y la tiraba, y así muchas veces, le dije a mi madre, así que le pegué. Tú me regañas igual. Me abofeteó.*

Me enviaron a mi cuarto. Podía oír cómo hablaba con mi padre en la cocina. Los susurros tomaban en mi cabeza la forma de monstruosos castigos. Odiaba no poder saber lo que decían, me hacía sentir paranoia, me hacía desear el tener oídos mágicos que se pudieran alargar por debajo de la puerta cerrada, cruzar la sala y llegar a la cocina, escondidos de la mirada, para descifrar lo que decían, para poder decirles están equivocados, no soy una mala chica, no merezco ser castigada. Todo fue un error. Pero dentro mío, esas palabras resonaban como una mentira. Yo era culpable y eso era lo que más odiaba.

Mi madre no fue a decirme buenas noches, ni yo fui a la mesa a cenar. Al siguiente día, salí de mi cuarto como si nada hubiese sucedido. Como todas las mañanas fui al cuarto de mis padres para buscar a mi hermana en su cuna, pero no estaba ahí. Tampoco estaba con mi madre en la cocina. Mamá me miró con odio y en sus ojos pude ver venas rojas, casi reventadas como las várices de sus piernas, y por unos segundos sentí que verdaderamente había matado a mi hermana.

-¿Dónde está Anja? -dije. Estaba parada al lado de la puerta, sin poder avanzar.

-En la guardería. Empezará a ir a partir de hoy.

Sabía que era mi culpa. Ella intentaba que sonara de esa forma. Mamá pasaba todo el día en la casa, y su vida giraba alrededor del bebé, de alimentarla, comprarle cosas, jugar con ella, hacerle puré de manzana. Era mi culpa que se hubieran llevado a su hija. "Lo siento", dije.

-Regresará en la tarde.



Eso no hizo que sonara menos enojada, pero al menos mi hermana no estaba muerta. Fui a mi cuarto, sin que mi madre me ofreciera al menos un tazón de cereal de desayuno.

Al mediodía regresó mi padre. Azotó la puerta y llamó a gritos a mi madre y a mí. Corrí hacia la entrada de la casa, pensé que venía con Anja. Me tomó por el brazo y acto seguido me abofeteó. Mi madre no me defendió, sólo le preguntó qué ocurría.

En la guardería se quedaron con Anja. Tienen miedo que nosotros la hayamos lastimado... Nos van a mandar a la corte por violencia familiar. ¡Susan, nos la pueden quitar!

Mi madre se cubrió la boca y se apoyó en la mesa del recibidor para no caerse. Tumbó una figura de cerámica. Dos niñas tomadas de las manos, sus vestidos extendidos en posición de baile y movimiento. Todos nos quedamos viendo la figura. Aún sentía el dolor en la mejilla."

Pensé que Paprika no continuaría con la historia, pues trabajamos juntos varias veces sin que la retomara. Pero finalmente continuó durante una pausa del trabajo; era el cumpleaños de un niño gordinflón cuyo padre, con el gafete de gobierno aún en la solapa de su traje, caminaba muy erguido por entre las mesas de los asistentes.

"Hablaron de lo que iban a hacer. En cierto momento se acordaron de que yo aún estaba ahí y me mandaron a mi cuarto. Horas después, mi padre entró con una charola con comida.

-Te traje algo de comer, -dijo, y se sentó en la cama. En la penumbra, apenas podía distinguir su cara.

-Mañana iremos a la corte, y tú también irás. Sólo te van a hacer algunas preguntas -su mano tomó mi barbilla. -Mírame bien: tú sabes que yo y tu mamá te queremos mucho, ¿verdad? -asentí

levemente. Su pulgar e índice aumentaron su presión alrededor de mi mentón. -Te van a hacer preguntas. Tienes que decir la verdad: que tú lastimaste sin querer a Anja. Que nosotros no te golpeamos ni a ti ni a ella, que somos buenos padres.

-Sí, papá.

No fue hasta que dije esto que la presión disminuyó. Mi padre soltó mi mentón y revolvió mi cabello, incluso soltó una risa estridente que rebotó en el cuarto. Tras de sí, cerró la puerta y yo comí a oscuras."

Estábamos en el cuarto de servicio, descansando. El lugar estaba lleno de cajas y electrónicos viejos. Miré el mentón de Paprika. Era ligeramente afilado, y podía imaginar cómo, de pequeña, le habría conferido un cierto aire de travesura. La piel de su cara bajo el maquillaje lucía perfecta, y un brillo de luz se reflejaba justo en el lugar en que su padre debió haber puesto los dedos. La mirada de Paprika estaba perdida en un baúl lleno de juguetes y cubierto de polvo, del cual sobresalían un G.I. Joe Cobra y un Nemo de peluche.

En unos momentos, cuando pusieran el happy birthday, tendríamos que salir empujando una mesa rodante con el pastel y los regalos sorpresa para el festejado. Me quité el sombrero de copa y lo puse sobre la mesa, procurando no tocar el pastel. Paprika se levantó de su silla y se recostó en el piso. Mientras hablaba, sus manos jugaban con las lentejuelas de su traje.

"La corte es un lugar imponente para una niña de ocho años. La monotonía y el silencio de las altas paredes y arcos de madera, el ensimismamiento y elegancia de los hombres y mujeres que transitan constantemente, la seriedad con que hasta los grillos caminan por las baldosas negras y

blancas... Mi madre me había puesto un vestido rojo y ella llevaba uno blanco. Papá iba vestido de corbata, como siempre, y miraba constantemente el reloj en su muñeca, apurado por salir y no perder más horas de trabajo. Caminamos hacia el escritorio de recepción y una señora nos guió por un laberinto de pasillos hasta la oficina del abogado. Pero antes de que yo pudiese entrar, la señora tomó mi mano y me llevó por otra serie de pasillos hasta una guardería. Mis padres no me dirigieron la mirada mientras me alejaba.

El área de la guardería estaba delimitada por una barda de elefantes, ballenas y tortugas de madera en colores chillones. Adentro, varios niños correteaban mientras una joven muy despeinada (la niñera, supongo) intentaba calmarlos. Los más pequeños estaban pegados a la televisión, embelesados con Esmeralda, la de Disney, escondida en el castillo del Jorobado. Anja estaba también ahí, sentada en el piso, pero no veía la película: estaba jugando con legos.

Me acerqué. Al verme me aventó el lego rojo que con tanta fruición chupaba momentos antes. Después me sonrió. Eso me hizo sentir alivio, pues temía que estuviese enojada conmigo.

Me senté junto a ella y comencé a armarle una pequeña casita de legos. Llevaba apenas los cimientos y parte de las paredes cuando la tomó y la destruyó, partiéndola a la mitad. Se reía. Lo intenté de nuevo y volvió a romperla, llevándose uno de los legos a la boca.

Es curioso, pero recuerdo perfectamente que era amarillo.

Por alguna razón me enfurecí de nuevo. Le arrebaté el lego, y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. De reojo, me di cuenta que la encargada nos miraba. Gateé hacia Anja y la abracé. La encargada dejó de mirarnos. Logré calmar a Anja, aunque yo también tenía ganas de llorar.

Ahí fue cuando lo decidí: quería salvar a mi hermana, ayudar a mis padres y corregir mi error. Tenía miedo de que su plática con el abogado fuese mal. Me imaginé en la cárcel, y a mis padres con Anja como su nueva, única hija. Tenía que evitarlo. El mejor plan era escapar, llevarla a la casa y esperar ahí. Claro que era una idea muy mala, pero yo era pequeña y sentía que ésa era mi única opción. La puerta de la guardería se abría fácilmente y aunque podía perderme por los pasillos, podía escuchar el ruido de la calle. Después tomaría un taxi tal como había visto hacerlo en las películas. Llegaría a la casa y le pediría al taxista que esperara mientras iba por mi alcancía para poder pagarle. Después, yo y Anja esperaríamos a Papá y Mamá.”

Nos interrumpió la señora de la casa. "Ya casi vamos a cantar el Happy Birthday. Prepárense." Su nariz se arrugó al ver a Paprika en el piso. Se notaba que no estaba de acuerdo con la selección de su esposo de un mago y ayudante para la fiesta de su hijo. Asentimos y antes de dejarnos nuevamente solos en el cuarto de servicio, la señora tomó mi sombrero y lo colocó sobre una de las cajas. Puso dos vasos con soda en su lugar.

Me acerqué por el mío y le ofrecí el suyo a Paprika, quien lo tomó y lo dejó en el piso sin probarlo. Continuó con su historia, mientras yo revolvía el vaso con movimientos circulares, los hielos chocando unos contra otros.

"Un niño se tropezó en una esquina y aproveché ese momento para tomar a mi hermana, abrir la puerta de la guardería y salir. La encargada, atenta al llanto del niño no se dio cuenta. Caminé y puse una cara decidida. Si alguien me veía, no pensaría que escapábamos. Funcionó: nadie se percató de la niña con el vestido rojo y una bebé en brazos que recorría los pasillos y salía a la calle por la puerta giratoria. Afuera llovía.

"Me acerqué al borde de la banqueta y vi pasar los autos. Eventualmente distinguí un taxi. Agité un brazo, pero no parecía verme. Así que bajé a la calle y..." la puerta se abrió, el padre del niño gordito, aún luciendo su gafete entró.

"¡Apúrense, apúrense! Ya están cantando las mañanitas!" Y en efecto, se oía levemente el cántico, que por la lejanía sonaba misterioso, como de misa. Comencé a empujar la mesa rodante, Paprika sentada junto con los regalos. Salimos cantando del cuarto de servicio, las piernas cortas de mi asistente, y que yo sabía deformes bajo el traje de lentejuelas, bamboleándose como las de un niño. Ya no tenía necesidad de terminar la historia. Paprika volteó una cabeza demasiado grande para su cuerpo pequeño y enjuto, y me sonrió.

## BeldeVoe

Muchos ignoran lo difícil que fue para mí convertirme en un payaso. Quienes me conocían de antes del accidente, saben que era un chico muy serio, introvertido e incluso un poco gruñón. Pero el fuego purifica y trastoca lo que hay a su paso, como mi casa, o mi piel. Mi forma de ser. Cuatrocientos veintiocho días en un hospital, cuidados intensivos. Al salir, todavía podía ver en mi cara una piel de puerco, rosada y brillante, casi dolorosa a la vista. Deseé usar maquillaje. Pero en ese tiempo aún tenía la piel demasiado tierna para soportarlo. Comencé a vivir encerrado en casa.

Fue quizás este encierro lo que causó mi primera impresión del edificio BeldeVoe. Para alguien que convivió durante casi diez años con tan sólo dos personas, en un área menor que la jaula de un animal de circo, el edificio de cinco pisos, de fachada gótica parecía un castillo de magia y terror. Ayudaba a crear esta impresión el hecho de que ese dinosaurio gris estuviese rodeado de pequeñas casas coloridas al estilo belga, con techos de dos aguas y balcones llenos de flores... bueno, en realidad no tenían flores, aunque sí macetas vacías. De cualquier forma, BeldeVoe sobresalía en la calle.

Llevaba una carpeta con mi (casi inexistente) currículum y una hoja ilegible (para cualquier otra persona que no fuese yo) donde había anotado los títulos de los sketches que planeaba presentar. "La bolsa de dinero", "el restaurant", "la creación". Todos actos de mímica para una sola persona. Pero también había chistes, "caperucita", "la iglesia", los cuales había practicado frente a mi familia en muchas ocasiones, llegando a saber de memoria qué tanta pausa dar para efecto dramático, dónde alzar la voz y dónde abrir los ojos en demasía para que la luz de éstos saliera e impactara al público. Estaba listo para la audición.

En la antesala del auditorio donde se llevaban a cabo las audiciones había una secretaria y

otras cinco personas. El único ruido era de una pecera. Irónicamente, la pecera era hogar de seis ridículos pescados de franjas naranjas y blancas con toques negros, conocidos como peces payasos. Miré a mis compañeros. Sólo uno traía disfraz rimbombante, parecido al de los peces, sólo que en color rosa. Le dejé la carpeta con mi información a la secretaria y me senté.

Me dediqué a mirarlos con atención. El más cercano a la puerta (y a la entrevista, me imagino), jugaba con unas tijeras delgadas, parecidas a las que usan los peluqueros. Las hacía dar vueltas alrededor de su dedo índice, luego dejaba que casi cayeran para atraparlas en la otra mano y repetir la rutina. No era tan ágil con la mano izquierda. Iba vestido de negro, pantalón y camiseta sport, por lo cual resaltaba el blanco fantasmagórico de la piel de sus brazos. De todos, era el mayor. Imaginé los labios delgados en una mueca malévola, amenazándome en un callejón para robarme el dinero. Quisiera decir que cuando notó que lo miraba me sonrió como haría un buen payaso, pero en realidad apretó la mandíbula y cerró el puño alrededor de su juguete. De seguro mi cara le daba asco.

Estaba a punto de continuar con mi recorrido visual por mis "compañeros" cuando un hombre salió de la puerta que todos esperábamos cruzar. Una niña pequeña lo seguía, tomada del borde de su saco. La secretaria dejó a un lado la revista que leía y les ofreció una gran sonrisa.

-Vanessa, haz pasar al siguiente por favor –dijo.

-Sí, señor Lombardi.

Antes de regresar al auditorio nos dio un vistazo a todos. Se detuvo en la persona sentada a mi lado y después de emitir un pequeño gruñido le dijo:

-¿Vienes a la audición de circo?

-Sí señor

-¿Entonces qué demonios haces aquí? Aquí sólo estamos los payasos. ¡Vanessa! Dile a esta idiota dónde está la sala de Agustini.

Terminó su regaño y volvió a entrar, azotando la puerta. El agua de la pecera se tambaleó por la oleada de ira que había dejado el tsunami Lombardi. El aludido se paró, y entonces noté que era una mujer, con los brazos y piernas torneados de una manera casi repugnante, demasiado musculosos. Agachó la cabeza, casi escondiéndola entre un par de hombros de giganta, y después de intercambiar breves palabras con la secretaria, salió.

-Señor Dimitri, su turno.

El rubio que jugaba con las tijeras se incorporó mediante un movimiento fluido y entró sin mirarnos. Quedamos cuatro en la sala: yo, el payaso que venía disfrazado con tafetán rosa y dos mimos. Los miré con atención para discernir si eran hermanos o si se parecían sólo por el maquillaje. Parecían tener los mismos ojos rasgados, aunque las orejas de uno eran ligeramente redondeadas, mientras que el otro parecía sacado de una película de elfos.

Comencé a aburrirme. Miré a los peces un rato y después me puse a contar los azulejos del piso. Llevaba cuarenta y dos cuando se abrió la puerta. Vi entrar los zapatos relucientes del señor Lombardi, seguidos de un par de skeechers rosas, tamaño infantil, que se iluminaban a cada paso por una serie de LEDs en la suela. Los pequeños tenis no avanzaban a la misma velocidad que el señor Lombardi, así que éste dejó a la niña atrás rápidamente. Llegó hasta la secretaria y poniendo ambas manos sobre el escritorio, le dijo con una voz contenida:

-Cuidala. Me está desesperando.



La niña se detuvo en la mitad del área de espera mientras el señor Lombardi salía de la sala. No sonreía, pero tampoco lloraba. Nos dirigió a cada uno una mirada directa, inquisitiva. Al llegar a mi cara, agachó la vista y fue a sentarse junto a la secretaria, quien le pasó unas hojas y unas plumas para que dibujara.

-Toma, para que le hagas un dibujo a tu padre - le dijo la secretaria. Miró hacia la puerta con una mueca de reprobación y regresó a leer su revista.

El tiempo pasaba lentamente. La niña interrumpía de vez en cuando el sombrío ambiente en el cual estábamos sumergidos con risas y preguntas para la secretaria. Los dos hermanos (he llegado a la conclusión que debían serlo) se miraban de vez en cuando y gesticulaban en silencio. Parecían ensayar sus presentaciones. Finalmente la puerta se volvió a abrir. Era el señor Lombardi seguido del hombre de las tijeras (las cuales ya no traía en la mano).

La niña, al ver a su padre, dejó precipitadamente la pluma en el escritorio y corrió hacia él. Los tenis rosas se prendieron y apagaron al compás de sus pequeños pasos, los cuales no se levantaron del suelo lo suficiente como para no tropezarse con el cable de la energía de la pecera. La fuerza del tropiezo de una niña de ocho años contra una pecera pequeña, hizo que ésta se saliera de balance y cayera de su pedestal estrellándose en el piso, los cristales y el agua volando en todas direcciones como en una llamarada azul. Sentí cómo algunas astillas rozaban mi ropa. En el piso, los cinco peces comenzaron a aletear, un baile de muerte. La niña, a la mitad del charco, miraba con los ojos agigantados a su padre.

-¡MIRA LO QUE HAS HECHO! ¡VOY A TENER QUE PAGARLO DE MI BOLSILLO!  
- de pronto el hombre se calló, aunque su furia todavía podía sentirse. Caminó hasta la secretaria y le dejó un folder, diciéndole -Pasa a los gemelitos, les haremos el examen juntos. Haré unas llamadas.

Y limpia eso.

El señor Lombardi regresó al auditorio, azotando la puerta tras de él. La secretaria se levantó y salió al pasillo, posiblemente para buscar un trapeador.

El rubio que seguía parado junto a la puerta no se movió. Los cuatro que estábamos sentados no podíamos quitar la mirada de la niña, yo, al menos, esperando a que se soltara en lágrimas. Pero no se movía, no temblaba, sólo tenía la cabeza gacha.

Uno de los peces dejó de moverse.

Me invadió por un momento la necesidad de ser gracioso, de decirle algo a la niña que la regresara a la realidad. Deseé tener un globo y hacerle una figura, o un marcador y dibujarme bigotes en la cara. Algo que la hiciera salir de su estado catatónico, ofrecerle la posibilidad de no llorar por una pecera rota. Me parecía tan bobo, llorar por una pecera rota, pero recordé que yo también había llorado estúpidamente por mi colección de comics de Batman en el incendio.

Busqué en mis bolsillos. Tenía una moneda. ¿Quizás un truco de magia? ¡Eso, sí, eso! Me emocioné y comencé a ponerme de pie. Pero no me dio tiempo. El señor Lombardi regresó y llamó a su hija.

-Karina, qué haces parada ahí. Entra.

El señor Lombardi me dirigió una mirada extraña, el entrecejo todavía fruncido. El rubio se hizo a un lado y el señor Lombardi entró al auditorio, su hija detrás, y cerró la puerta. El rubio se encogió de hombros y salió de la sala de espera, pisando algunos pedazos de vidrio al caminar.

Sólo quedaban tres peces vivos, aunque no se movían mucho. Uno de ellos se había deslizado casi hasta mis pies. Lo tomé entre las manos. Tragué saliva, y me di cuenta que me dolía el pecho, un poco. Miré la puerta. Todavía faltaba casi una media hora antes de que me tocara entrar.

## Ebony

“Solía bailar” dijo, las palabras huyendo en el viento como el humo de mi cigarrillo. Guardé silencio, sabiendo que si esperaba lo suficiente sus manos seguirían trenzando pulseras para vender y que ese ritmo desataría el flujo de memorias. Terminaba un brazalete cada diez minutos, haciendo nudo tras nudo de una manera muy hábil, combinando colores aleatorios en hermosos e inesperados patrones. Era ciega. Y mientras hablaba, aunque su voz ganara velocidad o comenzara a mostrar emociones, sus manos no cambiaban la cadencia con la cual el hilo naranja pasaba de sus dedos para perderse entre las diferentes tonalidades verdes que abundaban en la pulsera.

Sus ojos no miraban el tejido, sino la distancia. Quizás veía las memoria que me narraba en la blancura de su córnea. Quizás. Tardó en continuar. “Mi hermana me enseñó. Dijo que se lo debía a nuestra madre”. Otra pausa. Los hilos continuaban moviéndose. “Pero no lo disfrutaba. Al menos no las danzas tribales, las cuales eran una serie de pasos y saltos al compás de un tambor, los brazos bamboleándose y el tronco, el corazón, completamente quieto. Simplemente no podía hacerlo”. Permanecí en silencio, pensando que esa descripción no encajaba con ningún baile que yo conociera, menos de la región. Simplemente seguí fumando, había que aprovechar el receso.

Me distraje viendo a los turistas. Junto a las escaleras en que estábamos sentados, que conducían a la escuela de artes en la cual yo trabajaba, había un hotel importante. Sus miradas nos esquivaban. Ella no se daba cuenta. Terminó la pulsera color bosque que tenía en las manos y aprovechó la pausa para comenzar a aplaudir. Estaba marcando un ritmo lento y emitiendo una siseo grave desde su garganta. El ritmo de aquel baile que le habían intentando enseñar.

Dejó el ritmo y continuó con una nueva pulsera. Esta vez, en sus manos bailaban un hilo morado, uno azul y otro beige. “Era muy ingeniosa, mi hermana. Encontró una manera genial de

enseñarme, aunque yo la odiaba. Aún lo recuerdo. Tomaba mi mano, y me llevaba en la noche hasta el granero de unos vecinos. Las puertas estaban siempre cerradas por una cadena, pero nosotras, menudas, podíamos pasar por el resquicio que alcanzaba a abrirse. Una vez dentro me soltaba y yo me quedaba quieta, aterrorizada de que alguna de las vacas pudiesen acercárase, olfatearme, mordisquearme la piel. Intentaba disipar el terror al concentrarme en el crujir de la madera mientras sus pasos la llevaban hasta un ático. Después escuchaba el crujir de su ropa mientras se acomodaba con cuidado en el borde, las piernas colgando. Ahí me llamaba y me lanzaba cuatro cuerdas, las cuales yo ataba a mis pies y manos, para convertirme en su marioneta. Ella balanceaba sus piernas de tal manera que éstas golpearan la madera del ático al compás de la música en su cabeza, mientras intercalaba órdenes. *Más despacio. Como si flotaras. No te ausentes, sé consciente de tu cuerpo que baila.* Cuando se fastidiaba de que yo perdiese el ritmo, jalaba las cuerdas con fuerza. La textura rugosa me raspaba las muñecas, el dolor me duraba días. Lo odiaba”. Había dejado de hilar. Sus manos estaban a la altura de sus ojos, como si las estuviese viendo, dirigiendo su vista ciega a los dorsos y luego rotando sus manos lentamente para ver las palmas, el mismo movimiento y la misma suavidad con la cual se liberaría a una paloma.

Continuó con su historia y con el hilado, mientras yo encendía mi segundo cigarrillo. A pesar de haber detenido su tejido para mirarse las manos, retomó exactamente en el punto anterior. “La gente del pueblo comenzó a decir que yo era una gran bailarina, que mi madre muerta estaría muy orgullosa”. Una pareja de turistas se detuvo junto a nosotros. Contemplaron las pulseras por unos segundos. Finalmente se alejaron murmurando un *gracias*, sin comprar nada.

Noté cómo el hilo beige de la pulsera se acercaba a su fin. Al parecer, Ebony también lo sabía, pues tomó otro hilo e hizo un pequeño nudo uniéndolo al anterior. El nuevo hilo era escarlata. “Pero aprendí”, dijo. A lo lejos, la pareja se detuvo y nos miró por un instante, antes de

que él dijera algo y ella lo besara, olvidándose por completo de nosotros. “Aprendí que debía mantenerme callada, la cabeza erguida, y mover los brazos al unísono cuando la música era calmada; y cuando el ritmo aumentaba, dejar que mi cuerpo fuese como las ramas de un árbol en la tormenta. Aprendí que a pesar del empeño que ponía mi hermana en enseñarme, en verdad quería lastimarme pues me culpaba por la muerte de nuestra madre. Y también aprendí que la vida está llena de contradicciones, pues yo amaba a la hermana que jalaba las cuerdas hasta hacerme daño. Yo no quería ser bailarina, o su marioneta, sino titiritera”.

Su voz sonó completamente distanciada de la última frase. Sus dedos no habían dejado de moverse y en la luz de la tarde los hilos que tejía parecieron convertirse, por unos segundos, en hilos que movían sus manos, que las empujaban con una fuerza desconocida a bailar delicadamente con los dedos. Aparté mi vista y tiré el cigarrillo al suelo. Lo apagué con la suela y tomé la escoba que había dejado junto a mí mientras descansaba. Me despedí, sin decirle que el director, en realidad, me había mandado a echar “a esa mendiga” de los escalones.

## Azucena

“Se murió Azucena,” le dijeron esa mañana, y él apenas levantó los ojos del artículo que editaba. “Ahh”, respondió automáticamente, dejando entrever el poco interés que tenía. Su interlocutor lo miró por quince segundos más, durante los cuales Tomás sólo acertó a cambiar de página y a extender la mano para tomar otra dona glaseada. En vista de que la información no había hecho mella en su compañero, el portador de las noticias del fallecimiento de Azucena se encogió de hombros y se fue a su cubículo.

La mañana transcurrió ocupada y Tomás, después de terminar de leer el artículo, se ensimismó en otras tareas más urgentes del periódico en el que trabajaba y olvidó por completo la muerte de Azucena. Y en realidad no se acordó del asunto hasta dos días después, en que, al leer el periódico de la competencia —“pura estrategia” decía él, aunque en realidad sólo quisiera ver las acinturadas jovencitas de la sección de sociales y tuviera para ello que realizar un espionaje completo,— vio la esquila de Azucena Campoy. Entonces dejó invadir su mente por los recuerdos de las tardes aletargadas entre las sábanas color grana de aquella su pareja de la universidad.

No pudo evitar preguntarse si la familia de Azucena había evitado conscientemente el anunciar su muerte en el periódico en que él trabajaba. ¿Llegaría a tanto el rencor provocado por aquella tormentosa relación? Azucena... Azucena. Repitió su nombre en su mente y en voz baja. “Sí, fue grande,” se dijo a pesar de saberse solo entre las cuatro paredes grises que encerraban su escritorio, y tomó otro trago del café con leche ya tibio cuya taza había colocado al lado de su computadora. Sonrió amargamente al recordar la letra del tango preferido de ambos. Nunca supo si llegó a quererla realmente y sin embargo, para el momento en que se dijeron adiós, ya se habían hecho daño. Ella por su empeño de invadirlo todo y él por su necesidad de espacio que ella entendía

como indiferencia. Fue la diferencia de edades, pensó, ella tan joven y yo ya estableciéndome en la vida.

Se miró en el salvapantallas negro de su computadora en el que fotos más recientes aparecían una tras otra. En todas las fotos él sonreía: eran fiestas, eventos del periódico, nada importante. Pero el reflejo apenas visible en el fondo negro de la computadora le mostraba una sonrisa amarga, distinta a la de su juventud. Junto a un pelo más ralo y gris, esta nueva sonrisa lo hacía menos guapo. *Los años*, pensó. Y Azucena, parte de su pasado. *Azucena...* siempre le había gustado su nombre. Fijó en su mente sus labios rosas y coquetos, e intentó atraer algún recuerdo de aquel pasado distante.

-Tomás, los papeles -lo interrumpió una voz.

-Ah sí, déjalos ahí nomás.

-Vale. Oye, el artículo de la semana pasada, el del acoso sexual... dice Damián que si se lo reenvías.

-Sí claro, ya lo busco.

El interlocutor, un compañero distinto al portador de las noticias de la muerte de Azucena, salió. Tomás aventó los papeles dentro de un cajón sin revisarlos pues ya sabía lo que contenían: otro artículo para editar que podía aplazar para después. Movié el mouse de la computadora y el salvapantallas se disipó. Abrió la página de su cuenta de correo personal, introdujo el password y tecleó el nombre de Azucena en el campo de búsqueda. Sabía lo que buscaba: no había borrado sus e-mails. Bueno, sólo algunos, los más cursis y los últimos, llenos de reclamos. Aparecieron en pantalla cerca de 120 resultados, correos de ocho años atrás. Recorrió varias páginas hasta dar con el que buscaba. Las fotos... quería ver las fotos. Abrió el correo, bajó el archivo. Miró hacia la puerta



para asegurarse de estar solo; lo estaba. Abrió el archivo. Azucena apareció viva, de diecisiete años, sonriendo rosa y coqueta, con una mirada de picardía en sus ojos de gato. Total y completamente desnuda. No todas las fotos eran favorecedoras, pero Tomás las estudió una a una, lentamente, y analizó aquel cuerpo que había llegado a conocer tan bien. La curva de la espalda, el vientre no muy sensual, pero que unido a aquellas piernas... Cerró el archivo bruscamente, abrió Word y comenzó a jugar con los dedos sobre las letras, mientras pensaba si jalársela con la foto de su ex estudiante y amante muerta sería una cochinada. Con una mueca decidió que sí y que esa noche llevaría al cine a Viviana.

Blanca

Blanca entró al baño, un vestido de algodón azul desteñido en sus manos. Recargó el bastón junto a la puerta y se quitó el suéter. Después se sentó en el water para quitarse el vestido. Mientras tanto, Lucía fue a la cocina y trajo un taburete blanco y alto y lo colocó en la mitad del piso rojo del baño. Volteó a ver a su madre, quitándose el sujetador. *Lo usa más que nada por costumbre, porque no le sujeta nada*, pensó. Así, sin ropa, se veía aún más flaca de lo que había pensado, casi traslúcida, los ojos la única fuente de luz. La ayudó hasta el taburete y después fue por los baldes de agua. Suspiró, pues tareas como éstas se le hacían muy difíciles ahora que ya no había hombres en la casa.

Blanca se sentó y Lucía comenzó a mojarle la cabeza con el agua tibia. Pero de reojo vio algo que la alarmó: su madre tenía un golpe en la pierna, una herida que abarcaba gran parte de su muslo.

-¡Mamá! ¡Pero qué te pasó!

Las manos de su madre se posaron con cuidado sobre el muslo, tratando de cubrir la evidencia.

-No es nada. Me pegué.

-¿Con qué te golpeaste? Para entonces, con el cuidado de años de práctica como doctora, había retirado de la herida las manos de su madre. Le faltaban los lentes, pero podía ver un pedazo de piel que se había llegado a abrir y estaba ahora cicatrizando. Tenía un color rojizo, lo cual indicaba una ligera infección.

-Me pegué con el borde del buró del cuarto. Pero tu padre me cuidó.

Hubo un silencio mientras el agua seguía cayendo por la regadera. Papá había muerto hace años.

-¡Mamá, pero tienes que tener más cuidado! ¡Incluso te abriste la piel! ¿No te caíste? – a pesar de ser un regaño, la voz de Lucía fue tierna. Pero se dio cuenta que bombardeaba a su madre con preguntas, una característica que salía a relucir cuando estaba nerviosa. Respiró. Era una doctora, antes que nada. *Yo puedo con una herida. No es tan grave, sólo tiene una ligera infección*, pensó al presionarla y ver que de la cortada salía un poco de líquido blancuzco. No quiso pensar más en el fantasma de su padre.

–Bueno, a ver. Cuéntame en lo que te termino de bañar, que de todos modos hay que limpiar bien esa herida antes de que le hagamos cualquier cosa.

Mientras Lucía le tallaba la cabeza a su madre, más espuma que cabello, ésta le fue contando que se había golpeado hacía una semana con un buró. Se había mareado un poco, y por eso se había tropeado y golpeado. Lucía se alarmó al escucharla, pero no dijo nada. *Rubén se encontraba en la cocina y al escuchar el golpe fue en mi ayuda. Me limpió con mucho cuidado, me puso yodo y luego me vendó*, le dijo Blanca.

Finalmente, secó a su madre con la toalla y le ayudó a ponerse el vestido. Salieron del baño. Lucía le pidió a su madre que la esperara en la sala, mientras ella buscaba alguna pomada. *Te vas a poner bien, Mamá. Cuando encuentre la medicina, te vas a aliviar. Vas a estar mejor, Mamá.*

Lucía recorrió la casa vacía y vieja en la que aún vivía con su madre. Cuando entró a su cuarto, se dio cuenta que tenía ganas de llorar.

Parte II.

La realidad trastocada

## Guerra

*El pinche gato de nuevo.* Había defecado en la alfombra de la sala. Félix refunfuñó, suspiró y después fue por una bolsa de basura a la cocina. Odiaba al estúpido gato, odiaba tener que recoger sus heces. Estaba seguro que el gato lo hacía para molestarlo, pues estaba entrenado y sólo hacía eso cuando Sia no estaba en casa. Sus amigos pensaban que era bastante gracioso: cuando Félix intentaba acariciar al gato o agarrarlo para dejarlo en el cuarto de baño (lo hacían siempre que salían de la casa, para evitar que arañara los muebles o hiciera desastres en la casa), el gato se orinaba o defecaba. Y esto lo hacía desde que era joven, cuando Félix intentó entrenarlo. Después aprendió que los gatos no se entrenan como los perros. Los gatos son orgullosos y rebeldes. Y vengativos. Toda la sala apestaba a su venganza.

Al menos ahora el gato estaba ya encerrado en el baño, pensó mientras hacía un nudo en la bolsa que contenía ahora el precioso “regalo” del gato. Con la bolsa en mano fue hacia la cocina. Las sombras de la tarde invadían cada esquina, y mientras caminaba, chocó con una silla fuera de lugar. El inmediato dolor en su rodilla lo agarró desprevenido e hizo soltar el aire. Sus rodillas aún dolían desde que había ido a la guerra. Podía sentir el moretón formándose. Su primera reacción fue cerrar el puño para disminuir el dolor. Después de que pasó la primera oleada, lo invadió un mar de enojo, pues había aplastado el excremento. *Argh.* Caminó con lentitud los pasos que faltaban hasta el bote de basura y luego miró sus manos. No parecían estar sucias, aunque no había mucha luz en la cocina. Las olió. Olían a mierda. *Pinche gato de miércoles.* Aunque claro, todo olía a eso...

Miró alrededor buscando las toallas de papel. Las encontró sobre la barra, que era un reguero. Diablos, toda la cocina era un reguero, como la silla fuera de lugar en la cual se había golpeado la rodilla, con dos suéteres encima. Sia había tenido noche de pokar con las chicas el día

anterior y aún había vasos rojos de plástico en todas las superficies y platos medio vacíos. La verdad es que Félix había deseado que ella hubiese limpiado durante el día, cuando él estaba en el entrenamiento. No que pensara que es la obligación de una mujer el limpiar siempre, encargarse por completo de la casa. Pero en este caso sí lo era. Él siempre terminaba haciendo los quehaceres... Suspiró. Estaba buscando motivos para quejarse de nuevo, para ser negativo. *Es lo que es, Félix. Es mi chica. Ella es mi amor, el amor de mi vida, mi esposa. Yo también tengo mis defectos...* repitió esta letanía mientras lavaba sus manos. Cerró los ojos. El agua fría calmó sus pensamientos. Dejó que el agua corriera por unos segundos, perdido en la sensación.

Todavía tenía algunos minutos antes de salir, así que decidió lavar algunos platos. Sumió sus manos en la pila de porcelana pegajosa para poder tomar el objeto más estorboso: el tazón de palomitas de maíz. Antes de enjabonarlo lo enjuagó, los residuos de palomitas sucumbiendo uno a uno a la presión del agua. Como no había prendido la luz, pasó su mano por el fondo para asegurarse que ya no hubieran cáscaras ni semillas. ¿Cuándo fue la última vez que había usado este tazón? Lo había comprado hacía dos años para ver películas con Sia, una actividad que ambos disfrutaban. Pero hacía mucho que no veían películas juntos. Sus horarios diferían, siempre había cosas que hacer. Enjuagó un poco más y volvió a pasar la mano por el fondo del tazón. Aún estaba mantequilloso. Movié los platos buscando la esponja. La encontró con el tacto al fondo y la sumergió en un tazón con jabón que había siempre junto al grifo. Entonces recordó la vez en que ambos habían estado viendo películas y Sia había decidido que la película era muy aburrida. Así que se había puesto de rodillas, había bajado el zipper de su pantalón, y al querer liberar su pene el tazón con palomitas que tenía en sus brazos se volteó y cayó sobre la cabeza de Sia, las palomitas cubriendo el sofá, el piso y a su esposa de dos meses. Sorprendentemente, ella continuó con su labor con el tazón en la cabeza, como si fuese un casco de guerra. Y su boca había sido buena, tanto, que

después de unos minutos tuvo que detenerla para hacerla suya salvajemente. Sintió cómo comenzaba a excitarse al recordarlo. *Pero no ahora*, pensó. Ya casi eran las siete. Tenía que salir.

Cerró la llave y puso el tazón limpio encima del secaplatos. Dejó la cocina, secándose las manos en su pantalón. Sólo necesitaba su chamarra del closet y estaría listo para irse. La casa seguía a oscuras. Al entrar al cuarto, vio cómo una luz de la calle entraba por la ventana y se reflejaba en un par de ojos felinos encima de la cama.

Su primera reacción fue mirar a la puerta del baño. Estaba parcialmente abierta. *Estúpido. ¡Estúpido!* Había cerrado mal la puerta y ahora el gato estaba afuera. Imploró para sí que no se repitiera la escena de minutos antes; después de todo el gato ya había defecado, ¿no?

Caminó lo más tranquilamente posible hacia la cama, de forma diagonal, como si se dirigiera hacia la mesa de luz. Llegó a un brazo de distancia del gato, que estaba acurrucado sobre su almohada. Podía imaginar los pelos oscuros que ya se habían pegado a la tela blanca en la cual recostaba la cabeza todas las noches. Tendría que cambiar la funda luego; lavar la almohada. No le gustaba que el gato estuviese sobre la cama y nunca lo dejaban subirse. Parecía que el gato sabía que lo retaba y ronroneaba burlándose de él. *El desgraciado.*

Comenzó a estirar su brazo, lentamente.

El gato no se movió.

Lo tomó del lomo.

Lo levantó dos centímetros de la almohada.

Y el gato soltó dos pequeñas bolas de heces sobre su almohada.

“¿ES EN SERIO, PINCHE GATO?” en un ataque de ira aventó al gato contra la pared. El ruido sordo del golpe permaneció en el cuarto por unos segundos, tan fuerte en sus oídos como el latir de su corazón. Estaba agitado y enojado. Lo invadió un sentido familiar, la adrenalina de la guerra, los talibanes jugando con él, tratando de lastimarlo, burlándose. De reojo vio cómo el gato se escurría por la puerta. Corrió tras de él.

Pero el gato había llegado a la barra y se había escondido entre las botellas de vino que guardaban en el primer nivel. Prendió la luz y se agachó para alcanzarlo, pero el gato retrocedió hasta una esquina. Maullaba con enojo. Intentó agarrarlo. Estaba esperando el zarpazo, pero aun así el ardor lo sorprendió. Retiró la mano, tumbando una botella de Merlot que se rompió, derramando su contenido. El vino derramado parecía un charco de sangre oscura. El gato aprovechó la distracción para escapar, pisó el vino y comenzó a correr hacia la sala, dejando pequeñas huellas rojas con cada pisada. Pero la guerra no se había acabado, *no señor*. Félix saltó detrás de él, tomándolo por la cola. Pero se deslizó entre sus dedos.

El gato saltó por entre las piernas de las sillas de la cocina, perdiendo velocidad. La mano que lo siguió fue rápida y alcanzó a tomar su piel. *No vas a ningún lado, hijo de la chingada*. Las garras de nuevo, el ardor sobre el ardor. El gato se retorció, pero la fuerza del agarre sólo aumentó. Podía sentir el frenesí del animal y el de su propia sangre. Aplicó aun más fuerza. *Te atrapé, cabrón, ¿a dónde creías que ibas? Cágate de nuevo, cabrón. Ándale*. Sacudió al gato. No podía ver su propia mano pues detenía al gato debajo de la silla, donde lo había atrapado. Pero sentía cómo la sangre de las nuevas heridas goteaba por su muñeca.

Mantuvo la posición durante uno segundos más, intentando calmar su respiración. A continuación tendría que poner al gato en el baño, tomar el botiquín de primeros auxilios, asegurarse



de cerrar bien la puerta, curarse y limpiar el reguero. Llegaría tarde. *Maldita sea*. Se paró y tomó al animal con ambas manos, esperando pelea de nuevo. Pero el gato no luchó. Ni siquiera se movió. Miró al animal en sus manos. Estaba muerto.

Muerto, en sus manos.

La luz de la cocina parecía inundarlo todo con su duro reflejo, en especial los ojos casi reventados del gato. Quizás debería comenzar a pensar en una excusa. Comenzar a planear el discurso para pedir perdón. Pero su muñeca ardía mucho, y la luz de la cocina lo inundaba todo, reflejándose con tanta dureza en los ojos verdes...

## Payasos

Era una compañía que ofrecía payasos en renta. Tu propio payaso, decía la tarjeta. Un compañero del trabajo me la había recomendado después de recibir un severo regaño de mi jefe. Dijo que parecía que estaba pasando por una "mala racha", que quizás reírme me ayudaría un poco. Y tenía razón: la mala suerte y los problemas en la firma arquitectónica, así como en la casa, parecían crecer día con día. Le dije, medio en broma pero sin poder evitar una veta de sarcasmo, que lo que yo necesitaba era un chamán que me hiciera una limpia. Su respuesta fue una media sonrisa e insistir entre susurros que llamara a la empresa de payasos sin permitirme hacer más preguntas.

Olvidé el asunto durante varios días y la tarjeta desapareció entre el caos de mi escritorio, hasta que una semana después mi esposa llamó y me recordó que Andresito necesitaba un payaso para su fiesta de cumpleaños. Estaba molesta conmigo por haberlo olvidado, por no haber solucionado antes esa pequeña responsabilidad, así que inmediatamente busqué la tarjeta con la palabra payaso que me sonreía con sus dos letras *A*, gordinflonas como los trajes abombados del oficio. Le aseguré a mi esposa que llamaría. Yo no necesitaba un payaso propio (¡qué ridiculez!) pero de seguro ellos estarían interesados en la fiesta de mi hijo. Los niños adoran a los payasos. Y los payasos a los niños; están hechos para ellos, ¿no?

Llamé esa misma tarde. Marqué el número y el timbre sonó, sonó y sonó. Imaginé a los payasos alrededor del teléfono, mirándolo, tardándose deliberadamente en contestarlo, haciendo bromas que todos festejaban, para finalmente contestar justo cuando mi paciencia estuviera a punto de agotarse. En contraste con la imaginada risa dirigida a mí, no escuché voz alguna en la línea.

¿*Bueno?* dije. Silencio. *Bueno-bueno, bueno, bueno*, insistí al punto del absurdo. El movimiento de mi mano para colgar fue interrumpido por la voz de una mujer. Después de su *hola* y mi *hola* lleno de

alivio, siguió otra pausa. ¿Qué cenaremos esta noche, señor Smith? Me sentí en una obra francesa. Finalmente la voz dijo:

-Usted no se ha reído desde hace dos años.

La voz de la mujer tenía el timbre sensual de los anuncios de productos en venta de la televisión. Y la convicción con que había aseverado que yo no me había reído, me hizo pensar que en efecto tenía razón: yo no me había reído últimamente y de alguna forma ella lo sabía. Busqué en mi memoria. No pude encontrar ningún episodio gracioso en el cual me hubiera doblado de risa, ni siquiera algún buen chiste en los coffee-breaks con los compañeros. En casa, la televisión estaba constantemente prendida en programas de comedia ligera, los cuales volteaba a ver cuando el público ficticio se exaltaba, sólo para darme cuenta que me había perdido el momento cómico. ¿Pero, dos años? Era mucho tiempo.

-Bueno, fui a ver la película esa nueva de Adam Sandler no hace mucho...

-No, señor. Puedo saber por su voz que usted no se ha reído. Nos especializamos en eso, nosotros sabemos.- Quería insistir, pero en realidad la película me había parecido mala. Además, ella continuó:

-¿Qué tanto sabe usted de nosotros?

¿Nosotros? La compañía, pensé.

-No mucho, el señor Apodaca me dio su número.

-Ah, ya veo.

El silencio regresó, tornándose más incómodo. El calor del auricular quemaba mi oreja, así que lo cambié para el otro lado.

-Mire, yo sólo quiero un payaso para la fiesta de mi hijo...

-Estoy segura que no es así. Eso es sólo lo que su esposa quiere, lo que le indicó que consiguiera, ¿o me equivoco, señor...?

-Dagieu.

-Señor Dagieu, ¿usted cree en las coincidencias?

Eran las cuatro de la tarde, justo después de la comida. Mi estómago estaba lleno y en él la sangre tenía una fiesta al romper las azúcares y proteínas, por lo cual estaba somnoliento. Lo que menos quería era pensar en filosofía. Es más, como regla general, lo evitaba. A mi edad, no había llegado a conclusiones sobre Dios, la existencia, el universo, los fantasmas, la magia o el destino. Había decidido flotar por el mar de la vida, como un barco y no un submarino, mientras tomaba micheladas en la cubierta. Pero sí, una vez había ido, a insistencia de mi esposa, a una bruja que leía las manos, pero después no logré saber si lo que había dicho era verdad o mera coincidencia, como la voz del otro lado del auricular me preguntaba. Así que respondí lo más honestamente que pude: *no lo sé*.

-Bueno, señor Dagieu, nosotros sí creemos en las coincidencias. Usted ha marcado para conseguir un payaso para usted, así que nosotros se lo conseguiremos. ¿Qué le parece a las 4 PM en la plaza del Sol, oficina 402? ¿Está usted disponible?

Miré al calendario de mi escritorio. La fecha era dentro de tres días, el mismo día de la fiesta de Andresito. Era también después de mi hora de salida del trabajo, pero eso podía ser casualidad —

la mayoría de los trabajos laborales de oficina terminaban a las 2 PM en la ciudad. Quizás, si asistía a la cita, podría convencer al payaso de seguirme a la fiesta de cumpleaños.

-Me parece bien.

Esa noche le conté a mi esposa que ya había encontrado un payaso. El precio le pareció algo caro, pero cuando le dije que Apodaca había recomendado el lugar, se tranquilizó.

Hacía años que no tomaba un autobús, pero justo el viernes se había descompuesto mi carro. Mi esposa me llevó al trabajo en el suyo; pero ese día, por la fiesta, ella lo necesitaba para hacer los últimos arreglos y no podría pasar a recogerme. En la oficina me acerqué a unos compañeros para pedirles que me llevaran, pero ninguno vivía por esa zona de la ciudad; además tenían planeado ir al boliche al salir del trabajo. Fue más fácil buscar en Internet la ruta que me dejara en la plaza del Sol. Encontré una cercana a la oficina que iba directo. Con el maletín en la mano, caminé a la parada del autobús.

La espera fue de quince minutos. Me hacían compañía varias personas, entre ellas una joven con su hijo en brazos. El niño era ya demasiado grande para ser llevado en brazos y hacía que la figura de la madre se viera aún más quebradiza. Era la hora de más calor y ella sudaba copiosamente por el esfuerzo, a tal punto que el sudor de su cara había corrido el excesivo maquillaje. Para colmo, el labial que se aplicó con una sola mano y sin ver mientras esperaba, quedó fuera de los contornos de su boca. Se veía graciosa, pero también daba pena. Nadie se atrevió a decirle. El autobús llegó. Contemplé la pintura roja y blanca escarapelada por el sol al igual que el maquillaje de la joven. Apenas se veía el número, pero era el que todos esperábamos.

La mujer con el niño en brazos tomó el último asiento libre del camión. Yo quedé parado. Me agarré del riel pasamanos del techo. Sentía las miradas de todos en mi espalda y de pronto me figuré como en un escenario. El único pasajero de traje en un autobús lleno de mujeres y uno que otro cholo. Todos observando y juzgándome. Oí una risa en el fondo del autobús, probablemente causada por mí. Miré mi mano fuertemente agarrada al riel. Tenía una mancha roja de la salsa que le había echado a la comida. Estuve seguro que era esa mancha roja y gigante, reluciente como nariz de payaso, lo que atraía la atención de la gente. Cambié de mano en el riel. Fue un camino largo.

No sabía qué me esperaba en la Plaza del Sol. Mi compañía había diseñado ésta y muchas otras construcciones del área, pero hacía años que sólo veía la zona en planos. Aunque sí recordaba algunas imágenes del edificio en el noticiero, pues un par de años atrás un fuego se expandió a una guardería contigua y mató a cerca de sesenta niños y lastimó a otros cien. Había sido muy trágico y los movimientos activistas derivados de eso aún seguían en una lucha infructuosa por obtener justicia. Los dos pisos incendiados en la Plaza del Sol habían sido reconstruidos, pero la guardería había sido demolida y era ahora un pequeño parque luctuoso, empedrado con mármol blanco y estatuas de niños, cruces y pájaros. Mientras caminaba hacia el lobby, podía ver el lugar, que parecía no pertenecer a esa ciudad desértica sino a un extraño jardín del Edén por la forma en que la luz del sol se reflejaba en sus superficies, haciéndolo brillar. Me escudé del reflejo con la mano y caminé con la mente enfocada en la reunión.

El edificio no tenía recepcionista, pero había en una pared un listado de los profesionistas y compañías con los pisos y números de sus oficinas. En el cuarto piso estaban los nombres de varios doctores, de los fabricantes de salsas Castillo (los que distribuían los sobrecitos de salsa que ahora portaba en mi manga) y una compañía que sólo decía C. P. *Ésa debe de ser, la P podría significar Payaso*, pensé. Fui al elevador, y esperé que las puertas se abrieran. Adentro, había una muchacha joven,

vestida con un traje blanco muy elegante, su cabello negro recogido en una trenza francesa. Ni siquiera me miró; antes de mi llegada, ya había seleccionado el cuarto piso.

La joven salió del elevador y decididamente tomó el pasillo a la derecha. Busqué alguna señal que me indicara el camino a la oficina que buscaba; si bien recordaba, parte de la estética del diseño eran los abundantes pasillos y oficinas casi escondidas, como un laberinto. No había ningún letrero, sólo un gran jarrón con orquídeas de plástico y una reproducción de la Mona Lisa en un marco dorado muy corriente. Miré la enigmática sonrisa y traté de imitarla, practicando en cierta forma para las sonrisas que quizás este payaso iba a intentar obtener de mí. La tensión en mis labios hacía que la sonrisa se sintiera mal, errónea. Decidí tomar el mismo camino que había seguido la joven.

El pasillo dio otras dos vueltas. Pasé frente a varias oficinas que no eran la que buscaba, hasta que llegué frente a una puerta de vidrio que tenía las iniciales C. P. grabadas con letra cursiva. Entré a una sala de espera muy espaciosa, con dos sillas y, en el otro extremo, una puerta cerrada.

La misma joven del elevador estaba sentada mirando fijamente la pared. Me senté a su lado y disimuladamente intenté descubrir lo que ella observaba. No había nada ahí, a excepción de la pared blanca. Quizás estaba loca, o la "experiencia payaso" ya había comenzado. Mientras dudaba si dirigirle la palabra, la puerta se abrió y una mujer de piel muy blanca y aspecto europeo -¿francesa?- apareció. El piso tenía un patrón negro y blanco y parecía como si se hubieran escurrido del traje de la mujer, que llevaba también esos colores. La elegancia de su atuendo la hacía verse alta, la mujer más alta de la tierra. Sus zapatos eran negros, negros como el azulejo que encuadraba su pisada. Nos miró por unos segundos y luego le hizo señas a la chica para que entrara.

Pasaron diez minutos y comencé a impacientarme. Tenía una cita, después de todo. Pero justo cuando iba a pararme para golpear en la puerta, ésta se abrió de nuevo. La misma mujer salió y

me invitó a pasar con un gesto. Mientras la seguía, admiré nuevamente sus piernas. Llevaba ahora zapatos blancos.

La puerta dio paso a un gran salón, con el mismo piso negro-blanco, grandes ventanas y las paredes cubiertas por espejos. Parecía un salón de clases de ballet. No había ninguna otra puerta, ni mobiliario alguno. Tampoco estaba la joven del traje blanco. Tragué saliva y comencé a sentir el mismo temor que se siente en la oficina del dentista, atrapado y presente ahí por los motivos equivocados, esperando el dolor... Miré hacia la puerta, pero ya estaba cerrada.

La mujer y todos sus reflejos en el espejo caminaron hacia mí. Tomó delicadamente mi brazo con una mano enguantada y me dirigió al centro del salón. Después, dio dos pasos más para crear distancia entre nosotros. Al encararme, sus zapatos blancos rechinaron con el piso. De cerca ya no parecía tan alta: era más bien de la misma altura que yo, quizás mucho más baja. La boca —la suya y la de las infinitas mujeres reflejadas en los espejos— comenzó a hablar:

-Señor Dagieu, bienvenido. Mi nombre es América. Supongo que usted debe tener muchas preguntas.

Era la misma voz del teléfono. Finalmente tenía una cara: labios delgados, una nariz extrañamente afilada, ojos avellanados. Sí, francesa.

-Todo es tan claro como el agua, América -dije. Mi sarcasmo no pareció causarle gracia ni enojo. Continuó como si no hubiera hablado.

-Yo seré su payaso por el día de hoy. Preferiría si pagara por adelantado.

No tenía una nariz roja, ni zapatos gigantes y su traje de oficina distaba mucho de los trajes de payaso, pero aun así saqué mi billetera.



-Tenga, señorita Payaso, pero me gustaría decirle que no necesito un payaso para mí, sino para la fiesta de mi hijo.

Buscó algo en mi cara y después miró mis manos y la billetera. Le extendí el dinero, aunque no se movió para tomarlo.

-Yo seré su payaso por el día de hoy, Señor Dagieu. No es fácil ser un payaso y yo no soy un payaso de fiesta, sino un payaso personal. No puedo acceder a ir a la fiesta de su hijo, pues he sido asignada a usted.

-¿Asignada por quién?

-La compañía. Compañía Payaso -dijo, y sacó del bolsillo de su saco un silbato plateado. Lo guardó en la palma cerrada. Con la otra mano, tomó el dinero que le había ofrecido y lo desapareció en el mismo bolsillo del cual había sacado el silbato.

-¿Exactamente qué hará? ¿Contará algunos chistes? ¿Me hará reír haciéndome cosquillas?- sin quererlo, el último comentario sonó a un insinuación sexual. Flotó en el aire, hasta que ella aclaró su garganta.

-Voy a hacerlo reír. Por favor, siéntese

Miré alrededor, pero ninguna silla se había materializado por arte de magia en el salón. Quizás se refería a que me sentara en el piso. Dudé unos segundos, pero lo hice. Ella permaneció de pie y en cuanto terminé de cruzar las piernas enfrente mío, colocó el silbato en su boca. Los labios se le llenaron de arrugas con la boquilla entre ellos. Dio dos pasos atrás y comenzó a mover piernas y brazos de forma asíncrona, acompañada del agudo sonido del silbato. El sonido rebotaba en los espejos, como la luz reflejada, y sonaba como cientos de ambulancias en una competencia para saber

cuál tenía la sirena más fuerte. El baile era francamente patético, pero no quería interrumpir, por si algo más pasaba.

Los pasos se volvieron irregulares, a veces cortos y a veces largos, intercalados con medias vueltas. Millones de reflejos seguían a América y el cuarto se volvió pequeño con las múltiples imágenes navegándolo. Los brazos alargados como olas de un espejo al otro, de la imagen real a la plana, una cadena perpetua de brazos que subían y bajaban. Parecía un niño que baila feliz, abstraído. Yo había visto a mi hijo hacer lo mismo muchas veces, saltar sin ninguna preocupación en el mundo, sin ritmo, sin coordinación. No había otro sonido en el salón más que el intermitente silbato y mi respiración.

Cuando llegó a la ventana se detuvo, congelada. Después de veinte segundos de verla inmersa en esa quietud de estatua, aplaudí -quizás había terminado- pero no hubo ninguna reacción. La llamé pero no obtuve respuesta. Me levanté y caminé hacia ella. Al acercarme, noté que desde la ventana se podía ver el parque con las estatuas de los niños y los pájaros. Pero por la altura de sus ojos deduje que más bien miraba su tenue reflejo en el vidrio de la ventana. Me sorprendió descubrir que su reflejo aún bailaba, aún tenía vida, como una película de otra realidad en la cual ella seguía bailando, un mundo en el cual yo también bailaba junto a ella. Yo me veía incluso más ridículo, mis brazos moviéndose como las alas desplumadas de un cuervo recién nacido.

Comencé a asustarme y a retroceder. Volteé hacia las demás paredes y vi como las imágenes de América (la de carne y hueso inmóvil a mi lado vuelta un maniquí) perdían su dureza y comenzaban a ganar color y movimiento, a bailar y a difuminarse en un tumulto de imágenes que me costó discernir: eran imágenes de mi vida, mi escritorio de trabajo hace cuatro años, los planos diseñados, un platillo cocinado, el jardín de mis padres, amigos con los que había ido al hipódromo,

el baño en el que fumé mi primer cigarro... Vi a mi esposa y a mi hijo en una fiesta en la playa años atrás. Vi momentos tristes, momentos de enojo en que había perdido la calma, como en mi boda, gritándole al organizador que había echado a perder la comida. Muchas eran imágenes de momentos que había casi olvidado, que no eran importantes —un viaje a Cancún con una ex-novia, mis primeros patines— pero otras reflejaban momentos en que yo no había sido yo, momentos que quería olvidar y que me avergonzaban.

Corrí por el salón, largo como el infinito de los espejos, hasta llegar a la puerta de madera blanca por donde había entrado. Pero la puerta cambió y se volvió una película, una imagen, muchas imágenes: la de un niño y luego otro y otro, sus bocas abiertas con las gargantas vibrando atronadoramente en silencio. A mi alrededor, las imágenes de mi esposa y mi hijo en la fiesta, las de mis amigos en el hipódromo se volvieron niños. Caras que gritaban, rostros que reclamaban mi error. Yo, yo había aprobado el diseño de la guardería cuyo incendio recordaba el parque allá afuera. La necesidad de espacio y de reducción de costos, la estupidez, hicieron que pasara por alto la falta de una salida de emergencia. Casi podía ver el recorrido de las llamas; el sistema de ventilación que había avivado las llamas, mientras las imágenes de los espejos se consumían ahora en fuego.

Me dieron ganas de vomitar, la misma presión en el estómago que me había acompañado años atrás cuando la tragedia pasó y me mantuve en casa escondido por meses. Necesitaba romper las imágenes, las memorias que traían, y sobretodo el silencio. Comencé a gritar y cuando no funcionó, tomé el silbato de los labios de América que seguía inmóvil como una estatua y comencé a silbar con frenesí, para crear el sonido más agudo posible.

Las imágenes callaron, los niños dejaron de gritar, de llorar, de reír. Me miraron. Corrí hacia la puerta, pasé por la sala de espera y mientras salía por la puerta de vidrio, oí la voz de América

llamándome. No me detuve. Sin dejar de silbar pasé la Mona Lisa, el elevador, hasta llegar a las escaleras, las cuales bajé a saltos hasta el nivel inferior. La salida de emergencia, con sus letras rojas. La empujé, pero no se abrió. Desde la rendija, pude ver cómo la puerta daba al cementerio y pude ver cómo las estatuas de los niños reían y gritaban, burlándose de mí, por no poder salir.

## El otro

Lo había aceptado e incluso me había acostumbrado a ello: mi reflejo no me obedecía. Generalmente eran pequeñas variaciones casi imperceptibles que en mi infancia me habían parecido normales. Tras conversaciones que dejaban a mis amigos extrañados y a mis padres con la duda de si enviarme al psicólogo o no, me di cuenta que no era normal que mi reflejo tuviese, digamos, vida propia.

Nunca sobresalí por mi inteligencia, pero pude deducir que esto sería algo que iba a tener que guardar en secreto, a menos que quisiera pasar el resto de mi vida bajo la lupa de pseudo-expertos, empastillado o cosas peores. Así que reservé para mí mismo el hecho de que mi yo, reflejado en los espejos, trastocaba mis guiños, que me tiraba besos, o que incluso golpeará el vidrio buscando atención.

Comencé a evitar pararme frente al espejo del baño cuando estaban mis hermanos y jamás entraba al lavabo de la escuela. Pero no siempre era posible evitar este tipo de situaciones: en más de una ocasión fui mandado a la oficina de la directora a causa de los gestos extraños u obscenos que hacía mi doble, o por ser sorprendido orinando en un rincón de la escuela en un intento de evitar los baños. Me consolaba pensando que al menos mi reflejo sólo cobraba vida en los espejos y no en los reflejos metálicos o de otras superficies lustrosas. No sé cómo habría podido sobrevivir de esa forma...

Después de lágrimas, enojos, y muchas horas de medirmos con la mirada, él y yo llegamos a un tipo de acuerdo. Quise pensar que lo había domado, pero en mis adentros sabía que no era así: debajo de esa cara bien peinada, con principios de acné y una sonrisa medio chueca, había un mar que bramaba por ser liberado del gélido mundo de vidrio al cual estaba confinado. Pero comenzó a

portarse mejor y yo le dedicaba largas horas de compañía aunque a veces me pusiera en vergüenza frente a otras personas.

Todo iba más o menos bien y hasta era interesante el tener un compañero más fiel que mi sombra, incluso pensante. Pero en la adolescencia, su conducta se hizo más difícil de controlar. El problema sólo se presentaba, como ya dije, cuando había otras personas. Recuerdo la vez en que mi hermana irrumpió en el baño mientras yo me lavaba los dientes. Tenía una cita. Lo pude deducir por los casi diez *esprayasos* de perfume que se echó y por la ropa que había seleccionado, tan diferente a las pijamas que llevaba constantemente en casa o los levis que usaba para la escuela. Yo seguí lavándome los dientes, un poco molesto de que ahora tuviera que compartir el lavabo, pero en cuanto levanté la vista para ver a mi reflejo, lo descubrí con la mirada pegada al escote de mi hermana, y con su(mi) mano izquierda encima de la bragueta de su(mi) pantalón. Escupí el cepillo y la pasta que había en mi boca y huí del baño. En el pasillo, mientras la sangre que se había helado en mis venas hacía un eco ensordecedor, saqué cuentas: ¿me habría visto mi hermana? Vomité. Mi hermana se asomó desde la puerta, pero no dijo nada.

Logré que mi reflejo controlase sus ansias de masturbarse, haciéndolo yo mismo frente al espejo. Pero no podía controlar en los reflejos de vidrios de las calles que su mirada fuera detrás de cualquier muchacha que pasaba. Pero dejó de preocuparme, ya que evitar estas situaciones era fácil. Yo no era un joven guapo y mi “enfermedad” me había obligado a recluirme. Evitaba ciertas calles con boutiques, ciertos restaurantes con espejos de adorno en las paredes o bares que por diseño colocaban un lavamanos comunal.

Con el tiempo conseguí una novia, Sandra. Sandra tenía la costumbre de reír cubriéndose la boca, con timidez, como si las comisuras de sus labios distendidos y su lengua flexionada fuesen

cosas que nadie debía ver. Mi familia pareció adorarla, quizás aliviados de que no fuese yo el perverso o gay que pensaban que era. La única vez que le mostré su foto a mi otro yo, se quedó inmóvil, los ojos clavados en la imagen y pude ver en su(mi) cuello el pulso acelerado que retumbaba en los (sus-mis) oídos. Mi otro yo también estaba enamorado de ella.

Sandra conoció a mi otro yo la noche en que, por azares del destino, terminamos en un motel. Usualmente lo hacíamos en su casa o en la mía, pero esa noche alguien nos dejó en el carro un volante publicitario de un lugar llamado *La Fusta*. Manejamos por curiosidad por enfrente del edificio de 7 pisos, sin letreros en el exterior, y decidimos entrar. Pagamos a través de una ventanilla oscura a unos dedos sin mano. Subimos al quinto piso en un elevador que olía a cerveza y desinfectante. Con excepción del primer cuarto, el piso estaba en silencio. El pensar que, así como nosotros oíamos a los vecinos ellos u otros podrían escucharnos, me excitó, y una vez en nuestra habitación le quité la ropa con premura, incluso con un dejo de violencia, y después de desnudarla la aventé a la cama. Hicimos el amor.

3:15 de la mañana. Sandra estaba dormida. Su cuerpo desnudo junto al mío, un brazo debajo de su cabeza, el otro extendido de tal forma que su mano colgaba del borde de la cama. Sus piernas, con las rodillas levemente dobladas, parecían listas para correr. Pero dormía, el lunar en su clavícula levantándose levemente al compás de la respiración en su pecho. A lo lejos, distinguí los gemidos de una pareja y el ruido distintivo de una puerta contigua al abrir y cerrarse. Alguien caminaba por el pasillo. Me volví, miré a Sandra y luego miré al techo. Y en el techo lo descubrí. Mi otro yo también estaba ahí, en un espejo que abarcaba toda la cama y gran parte del cuarto. Actué con rapidez. Señalé a Sandra con los ojos, el guiño de quien presume a un amigo una conquista. Incluso hice el ademán

de golpearle el trasero. Pero mi otro yo ya lo había visto todo y su sonrisa permaneció inmóvil. Era una sonrisa extraña, estática, ligeramente alargada.

*Respira*, me dije. *Respira*. Llevé mi mano a mi cabeza, mi reflejo hizo lo mismo. La oprimí un poco para liberar la tensión, para pensar. Mi reflejo, con sus dedos engarzados en el cabello, repitió mi acción. Toqué mi boca, pero no encontré sonrisa alguna. La sonrisa de él también se había borrado. Me volví para ver a Sandra. Tenía los ojos cerrados, dormía. Pero no debía abrirlos, no debía verlo a él, al del espejo. Debía despertarla e irnos, inventar un pretexto, pero evitar que lo viera.

Acaricié su cara para despertarla. No lo hizo. Tomé su barbilla. Su cabeza se movió fácilmente, como la de una muñeca. Su boca se entreabrió, floja, y dejó ver el músculo rosado que reposaba entre sus dientes. Tomé su mano, apreté los dedos, la sacudí ligeramente. Dejé caer su mano al colchón. No se despertó. Miré hacia el espejo: él también así con su mano la mano de mi novia. La retiró para colocarla sobre su sexo. Me sonrió como si hubiera hecho una travesura.

Salté de la cama. Mi reflejo se enojó y comenzó a gritarme, a gritarme a mí, a su suelo o su techo. La Sandra del espejo se despertó y lo miró confusa. Trató de calmarlo. Mi espejo la ignoró y continuó con sus gritos. Sentí cómo los dedos de Sandra tocaron mi brazo para intentar calmarme, pues yo también me había exaltado y gritaba. No la vi más que de reojo, pero Sandra se levantó y corrió hacia la puerta y el del espejo, ese monstruo, tomó a su Sandra y la golpeó, la derribó al piso y Sandra, inconciente, permaneció ahí. Yo corrí hacia una mesa, me subí, y logré zafar al espejo del techo. El espejo cayó al piso y bañó a Sandra de esquirlas de vidrio: a la mía, que había regresado y yacía en el piso y a la suya, que él había derribado.



Y ésta es la historia. El verdadero culpable del crimen está tan arrepentido que muchas veces ya no se mueve si hay otra persona conmigo. He intentado que se suelte de nuevo ante el psicólogo y aunque no lo ha visto, sé que me cree, pues ha puesto en mi celda un espejo para que los dos nos hagamos compañía.

Parte III.

La *i*-realidad

## La persecución de los chinos en Mejiko

La primera vez que vi a un hombre convertirse en pescado fue en Mejiko. Yo había ido como parte de una compañía dedicada a la pesca del pez globo azul. Sus entrañas eran muy venenosas y los pescadores locales los tiraban al mar cuando aparecían en sus redes. Pero aquí en Japón, ese pez se había convertido en un plato muy exquisito, y aunque estuviésemos en guerra constante con China, los ricos lo consumían. Así que nosotros los pescábamos en aquellas costas lejanas, donde no nos querían y nos llamaban *pinches chinos*. Sí, aunque fuéramos japoneses. En su idioma eso significa algo así como "malvados", para que me entiendas. Pero no repitas eso delante de tus padres.

Aunque yo era el más joven del barco, mi apodo era "el cheff", pues era el único que había probado el pez globo azul. Mi padre (tu bisabuelo) era cocinero de un señor feudal, y yo había pasado muchas horas en la cocina donde lo veía cocinar, escondido, para no hacer los quehaceres que me asignaban sus superiores. Pero no sé si sabes: un día lo preparó mal e intoxicó a unos señores. Lo mandaron hacer un harakiri. Tu bisabuelo murió con mucho honor. Sí, se subió a una mesa y con el mismo cuchillo con que había preparado los pescados dio fin a su vida. Pero no te preocupes, con eso pagó por su pecado y está ahora viéndonos desde el cielo.

Como te contaba... íbamos al mar en los barcos camaroneros locales y nos pagaban la mitad del sueldo más bajo por ayudarlos con su pesca. A cambio nos podíamos quedar con todos esos pescados ponzoñosos de cara plana y estómago redondo. Los mejicanos -que deja te cuento, tienen la piel del color de la tierra húmeda y ojos de búho- no podían entender la fascinación de encarar la muerte en cada bocado y tampoco podían entender cómo, de pronto, comenzamos a cambiar de casas, de ropas, a tener dinero y hasta a comprar sus negocios. Para cuando se dieron cuenta, ya

éramos más ricos que ellos. Yo todo el dinero que tenía lo mandaba para Japón, para Reiko, pues ya estaba embarazada con tu madre, así que vivía austeramente. Pero otros habían comprado negocios y habían traído a sus familias. Sobre todo las casas de empeño y los restaurantes se volvieron parte de nuestra propiedad. El odio de los mejicanos se acrecentó y debimos haber estado preparados, pero así como ellos fueron ciegos con nuestro crecimiento, nosotros no vimos el peligro que se acercaba.

Comenzó con un incremento de policías, los cuales iban a los restaurantes, rompían ventanas, platos, jarrones, gritaban que el negocio "infringía la ley". Disculpa, *infringir* es romper, ir en contra de la ley. Decían que éramos los malos del cuento, aunque no hubiéramos hecho nada malo. Aun así, los clientes se iban asustados y no regresaban y el negocio tenía que cerrar porque la gente era muy supersticiosa. Algunos compañeros tomaron sus cosas y se fueron; otros, después de que la policía entró a sus casas y se llevó sus objetos de valor, tomaron lo poco que les quedaba y también se fueron. Por alguna razón, los pescadores de mi barco y yo no pensamos que esto nos fuera a suceder. Seguimos saliendo a diario al mar.

Y todo iba bien. Salía a pescar antes del amanecer y regresaba en la noche al cuarto que le rentaba a una familia local. Hasta que un día, al regresar a la costa, vimos unas fogatas gigantes que rascaban el cielo. Habían prendido fuego a los barcos pesqueros propiedad de los chinos. Lo sabíamos pues la posición en el embarcadero era la misma que la costumbre les había asignado. Nuestro barco estaría seguro, pues éramos sólo tripulantes y el dueño era mejicano, pero el capitán nos reunió en cubierta y sin quitar los ojos de las manchas rojas que iluminaban la noche, nos pidió que nos largáramos.

En la playa, los demás marineros empezamos a bajar las redes con la pesca. Quisimos ayudar, pero nos las quitaron de las manos. "Váyanse". Guardé mi parte de la pesca del día en mi mochila y me fui. Los demás me imitaron. Vimos pasar a los marineros con las redes, los nudillos blancos y los brazos temblando, pero no dijeron nada. Nos quedamos en la orilla, nuestro grupo de cinco, sin saber qué hacer.

Decidimos caminar hacia la ciudad, recoger algunas cosas de las casas en que dormíamos. Quizás todavía no nos dábamos cuenta del peligro, no aceptábamos que incluso esas casas también podían haber sido saqueadas. Al verme llegar, la dueña de la casa, una señora baja y de color tierra corrió hacia su cuarto y su esposo, un poco más alto que ella pero igual en facciones salió a recibirme. "Se llevaron tus cosas" me dijo. Caminé hacia mi cuarto y en efecto, no quedaba nada más que el catre y algunos papeles. Recogí uno al azar: para ellos no debía ser de valor, pues estaba escrito en kanjis. Era una carta muy bella de Reiko.

"Se llevaron todo. Vete. Nos pondrás en peligro." Desde la ventana, su esposa me miraba. Habían dejado los libros... tomé uno en el que había guardado algunos billetes y salí. Acomodé la carta entre las páginas.

A las dos cuadras, un policía me detuvo.

"¿Qué llevas ahí?" me quitó el libro. Lo abrió y el dinero cayó de entre las hojas, como peces que se escapan de las redes para volver al mar. Me agaché a recogerlo y en cuanto mis dedos tocaron uno de los billetes caídos, su pie aplastó mi mano. Acto seguido, me tomó bruscamente del brazo e intentó inmovilizarme. Pero logré huir, y corrí por calles al azar hasta perderlo.

Necesitaba un escondite. No tenía dinero, pero aún traía mi mochila; de seguro algún barco compraría la pesca que llevaba a cambio de llevarme de regreso a Japón. Quería ver a tu abuela,

tanto, que pude verla parada junto a mí en la calle llena de polvo, tan diferente de los bosques y el mar en el que habíamos pasado toda la vida. Sus manos acariciaban su estómago redondo, tenía una sonrisa, susurraba que no me rindiera. Así que no lo hice. Corrí pegado a las paredes para esconderme en la mayor obscuridad de la noche. Hasta que vi la iglesia y decidí entrar. El sacerdote podría ayudarme y si no, tomaría el dinero que le echaban a su dios en una alcancía todos los domingos.

La puerta lateral estaba abierta. El sacerdote no se veía por ningún lado. Fui hacia la estatua de uno de los dioses - una mujer muy hermosa, casi como tu madre, aunque con piel de tierra y con los ojos grandes... no, no tenía kimono. Los mejicanos no usaban kimonos, ni para las fiestas. La diosa tenía una bata larga, ahora que lo dices sí, quizás como una yukata pero sin el obi, suelta en la cintura. No me desvíes, me queda poco tiempo para contarte y lo importante es que sepas cómo me convertí en pescado.

Me acerqué a los pies de esta diosa, donde había una alcancía donde los mejicanos ponían ofrendas de dinero. Debo confesarte que quería robarlo. Y robar es malo, pero esto era para una buena causa: para huir. El ruido debe haber sido mucho, pues el sacerdote salió de algún lugar escondido y, muy enojado, fue hacia mí. Del susto, caí sentado a los pies de la diosa. El sacerdote hablaba rápido en un idioma que yo apenas entendía. Sus puños, levantados, se cerraban y se abrían. Tomé mi mochila. Saqué un pescado y se lo ofrecí. Eso lo hizo guardar silencio. Pero el silencio fue interrumpido por los golpes en la puerta, golpes duros; probablemente el policía aún buscándome.

El sacerdote me hizo ademán de que lo siguiera. Dejé el pescado encima de la alcancía que había intentado abrir y lo seguí. Me llevó a un pequeño cuarto y después salió para abrirle al policía que golpeaba la puerta principal. Sin ver los alrededores, supe dónde estaba por el olor: era el cuarto

de las letrinas. La puerta cerrada hacía que se concentrara la pestilencia, así que fui hacia uno de los agujeros en la madera a vomitar.

Pero una mano que salía de la letrina me detuvo.

Ahí adentro brillaban los ojos rasgados de un chino. Su cara no estaba exactamente limpia. Fui hacia otro de los hoyos y vomité. Después de eso no tuvimos tiempo de decirnos nada: afuera se oía cómo varias, muchas personas habían entrado a la iglesia. Hacían mucho ruido al mover bancos, abrir puertas, buscándonos. Gritaban "chinooooooooos, ¿dónde están?". ¿Adivina qué hice cuando los pasos se acercaron lo suficiente a nuestra puerta?

...después de un rato el olor no era tan malo y lo que más asco daba era la textura blanda sobre la que pisábamos, que nos llegaba casi a las rodillas. Pero fue un buen escondite: los policías que nos buscaban entraron a las letrinas y salieron. Quizás no nos vieron, o quizás pensaron que era suficiente humillación el vernos ahí adentro. Probablemente fue lo segundo, pues comenzamos a oír carcajadas dentro de la iglesia. Luego se fueron.

Había pasado una media hora cuando el sacerdote finalmente regresó. Nos tiró una cuerda para salir de la fosa fecal. Afuera había dejado un balde con agua. Nos bañamos rápidamente, parados sobre las mismas letrinas para que el agua que chorreaba por nuestros cuerpos no dejara rastros de nosotros en la iglesia. Salimos mojados y un poco menos sucios por la puerta abierta. El sacerdote había desaparecido.

Afuera el cielo comenzaba a perder profundidad. Yo y el chino que se llamaba Boo —fue todo lo que pude deducir de sus palabras— corrimos hacia la playa. Teníamos que llegar antes de que zarpara el barco que iba a oriente.

Todavía no terminaba de amanecer cuando llegamos al embarcadero. Uno de los nuestros colgaba del cuello en el lugar donde nuestro barco debía estar. Comprendí que ese barco no había atracado, ni iba a volver a hacerlo. Comencé a caminar alejándome del embarcadero por la línea de la playa.

El chino permaneció más tiempo en el embarcadero. Luego comenzó a seguirme. Me hablaba en su idioma, por lo cual yo no lo entendía. Yo aún cargaba la mochila en la espalda y el chino comenzó a jalarla con tal de detenerme. O quizás quería llevársela; él no tenía nada. Por el forcejeo, la mochila terminó en la arena. La abrió, apresurado, y los pescados quedaron a la vista. El azul de las escamas era del mismo tinte del cielo; el sol ya casi salía por el horizonte.

Me miró y tomó uno de los pescados. "Es venenoso" le dije, en japonés. Se lo repetí en español, hice señas de advertencia, de muerte. Lo puso de nuevo sobre la mochila. Se paró y me miró. Después volteó en dirección al embarcadero que ya no se veía en la distancia, y después al horizonte. Se agachó, tomó dos pescados, se incorporó y me ofreció uno de ellos. Lo tomé, sintiendo las escamas aún húmedas en mis manos. Después, se limpió con su manga la boca y mordió el pescado. Yo lo imité. Masticó el pedazo de piel y entrañas, lo tragó. Dio unas mordidas más, después tiró el cadáver mordisqueado a la arena y comenzó a caminar hacia el mar.

Las olas iban tragándose mientras caminaba, hasta que dejé de ver sus piernas. Yo estaba inmóvil. Y entonces sucedió: se lanzó contra una ola. Al salir del agua, sus piernas se habían convertido en aletas y luego sus brazos. Me miró una última vez antes de sumergirse por completo en el mar. Me lancé al agua y lo seguí.



Logramos cruzar el pacífico hasta llegar aquí. Nos tomó toda una vida y él siguió su recorrido para ir a visitar a su familia. Yo me detuve en estas costas para conocerte, pequeña, y contarte mi historia. Ahora debes descansar; yo seguiré nadando en el estanque.

## El esposo del mar

Desacomodó los rizos de la mujer frente a él, el último toque para el peinado de muñeca. Con las tijeras aún en la mano, tomó el espejo y se lo ofreció a la cliente para que pudiera ver el resultado. Entonces se le ocurrió cómo terminar el cuento que escribía por las noches, después de cerrar la peluquería. Sonrió por el buen trabajo y por su idea. La clienta también sonreía, moviendo la cabeza de un lado a otro, viendo cómo su nuevo peinado respondía a la gravedad. El corte era impecable, justo lo que ella había pedido, a pesar de que la hiciera ver como una niña agigantada.

Guardó las tijeras en su mandil y fue hacia el escritorio de la secretaria, que ya se había marchado, para anotar la idea mientras la mujer terminaba de pavonearse frente al espejo. *Salía a pescar antes del amanecer y regresaba al cuarto que le rentaba a una familia local en la noche. Hasta que un día, al regresar a la costa, vimos unas fogatas gigantes que rascaban el cielo. Habían prendido fuego a los barcos...*

-¿Cuánto le debo?

-Lo de siempre. Trescientos.

La mujer sacó de un gran bolso una billetera minúscula, de la cual extrajo el dinero. Al tomarlo, el peluquero se dio cuenta que la pluma había manchado sus dedos. Sin querer, al tomar el billete había manchado también las manos de la clienta. Se encogió de hombros y comenzó a disculparse, pero ella guardó la billetera diciendo que no era nada y se marchó, aún sonriendo.

Afuera atardecía. El sonido del mar a unas cuantas calles lo invadía todo. Gonzo caminó por la peluquería empujando restos de cabello con los zapatos blancos. Llegó al baño. Tenía ojeras, notó en el espejo. Abrió la canilla y borró el sonido del mar con el del agua corriendo. A veces le parecía desquiciante el hecho de que el mar nunca se callara, siguiera una y otra vez golpeando la arena y

después acariciándola al retroceder, como un esposo violento que se arrepiente. Talló la tinta de sus dedos sin mucho éxito. Después tomó agua con ambas manos y se empapó la cara. Mientras hacía esto, escuchó que la puerta principal del negocio se abría

Secó sus manos en el mandil de trabajo reprendiéndose por no haber cerrado la puerta. Era viernes. Quería ir a su casa y no tener que enfrentarse a los ruegos y berrinches de una adolescente pidiendo un corte de último minuto para poder conquistar al siguiente amor de su vida en una fiesta. ¡Como si él pudiera hacer milagros! Sin embargo, frente a la entrada de la puerta no había una adolescente, sino un hombre muy delgado y alto, cubierto de algas.

*¡Un naufrago! Pensó Gonzo, paralizado. ¿Qué hacer? Le ofrezco agua, comida, le corto el pelo o las algas, le...*

El individuo caminó hacia una de las sillas del peluquero. A su paso, los cabellos que Gonzo aún no barría comenzaron a flotar en el agua que escurría, interminable, de sus ropas. Debajo de las algas llevaba un traje muy gastado. Una vez que se sentó en la silla, llevó una mano a la cabeza y tomando un puñado de algas las levantó como si fuesen un sombrero y las dejó sobre sus piernas. Algunas quedaron pegadas a su frente, pero ahora se distinguía el cabello blanco que rodeaba una incipiente calva.

Gonzo chapoteó por el piso inundado hasta el hombre, que lo miraba a través del espejo.

-Disculpe señor, ya cerré por hoy...

-Esta tarde el mar está muy picado, ¿no le parece?

En efecto, el mar penetraba por cada palabra, por cada respiración, inundaba el silencio que se extendía entre los dos hombres. Era ensordecedor y Gonzo se encaminó a prender la radio.

-No, deje, no prenda la radio. Es mi culpa, el mar se callará pronto, cuando regrese.

Gonzo detuvo su movimiento y miró al hombre. Los párpados de éste, hinchados, apenas dejaban al descubierto la pupila. Gonzo sintió un escalofrío. Todo el lugar parecía haberse vuelto gélido. Notó que el agua le llegaba ahora a los tobillos. Gonzo cerró la mano alrededor de las tijeras que tenía en su mandil.

-¿Qué es lo que quiere?

-Vine a que me cuente un cuento – el hombre rió. -Mientras me corta el pelo. Necesito estar presentable para mi esposa.

Gonzo se acercó al individuo y se paró detrás de él. Las tijeras seguían en su mano. El hombre no se movió y tras unos segundos, Gonzo se acercó a él y reacomodando las tijeras, le comenzó a cortar el pelo.

-Verá, es que a mi esposa le gustan mucho sus cuentos.

El ligero movimiento de la mano de Gonzo se detuvo en ese momento. Él nunca le había mostrado sus cuentos a nadie.

-Señor, me parece plausible (se cuidó de pronunciar bien una palabra que usaba poco y que apenas había conocido en sus lecturas de la semana) que alguien sepa que yo escribo, mas no que alguien me haya leído. Yo no muestro a nadie mis cuentos – dijo Gonzo moviendo la tijera. Luego regresó a su trabajo de cortar los cabellos desiguales del hombre.

El hombre se reacomodó en la silla para poder meter una mano a su bolsillo. Por el movimiento, la tijera rozó peligrosamente su oreja. El hombre no dijo nada y sacó una pequeña

botella de plástico, de las que contienen a lo mucho dos tragos de alcohol. Dentro había una hoja de cuaderno doblada.

-Esta historia llegó a nuestra casa arrastrada por la corriente, y tengo otras tres o cuatro en mi poder.

Gonzo palideció. Nunca pensó que los cuentos que terminaba y lanzaba al mar en una botella fuesen leídos por alguien. Tenía suficiente inteligencia para saber que carecía de habilidad narrativa. Además, ¡Nunca los había firmado! ¿Cómo supo ese hombre que eran suyos? Pero no cabía duda. Él se había tomado esa botellita de aguardiente, y había puesto una historia dentro. Deseó recordarla, pero generalmente las olvidaba.

-Bueno pero... yo me tardo en escribir. No sé si pueda contarle algún cuento en este momento...

-¡Pero es necesario! – dijo el hombre, golpeando el brazo de la silla. Algunos pedazos de alga salieron volando por el movimiento.- Es que yo le he dicho a mi esposa que esos eran mis cuentos. Y mañana hará un año que nos conocimos y ella pidió un cuento de regalo. Usted sabe cómo son las mujeres.

Afuera, el mar bramó más fuerte que antes. Gonzo continuó cortándole el pelo, su cara impasible pero sus movimientos más rápidos.

-Y le parece correcto el apropiarse de los cuentos de otros? No me parece que...

-Gonzalo, si los tiraste al mar, a la basura. Yo debería de molestarme que usaras mi mar como basurero... Pero tú, ¿molestarte porque alguien disfrute uno de tus cuentos?

-Es una cuestión de principios, señor. -Gonzo tomó el cepillo y lo pasó por la nuca del hombre. Ya casi terminaba. Sentía la mirada del hombre a través del espejo, pero él evitaba verlo a los ojos, pues entre los párpados abotargados había alcanzado a distinguir el azul blanquecino de su iris. El color le daba náuseas. Siguió trabajando en silencio por unos minutos más. El mar seguía bramando, pero con menos intensidad. Finalmente, le dijo:

-Terminé, ya puede irse a su casa.

Gonzalo caminó hacia el escritorio de la secretaria, donde dejó el mandil. Dio un vistazo alrededor, pero no iba a limpiar los cabellos flotando en este momento. Con las llaves en la mano se dirigió a la puerta, la abrió y salió. La mantuvo abierta para el cliente. Afuera, la calle también estaba inundada.

El hombre se paró, bostezó y se sobó la nuca. Después se puso el sombrero de algas.

-¿No va a querer que le pague?

-Acá afuera me paga. Salga, es tarde, quiero llegar a mi casa.

Su caminar era lento, como si apenas pudiera mover las piernas por el agua del piso que le llegaba a los tobillos. Afuera, a Gonzo le llegaba el agua casi a media pierna. El hombre sacó una billetera. Al abrirla, un puñado de arena cayó al agua y un pequeño cangrejo se escurrió, huyendo por su manga. El hombre sacudió el brazo y el cangrejo cayó también al agua.

-Disculpe -le dijo, ofreciéndole unos billetes mojados.

Gonzo los tomó y los guardó en su bolsillo. Cerró la puerta y sin voltear a ver al hombre comenzó a caminar en dirección a su casa. Caminó unos metros antes de percatarse del chapoteo del

hombre detrás de él. Lo seguía, lentamente. Gonzo se detuvo y lo volteó a ver. El hombre, que a la luz de la luna parecía más un cadáver, le sonrió tímidamente.

-¿Qué quiere?

-Ya le dije, un cuento.- El hombre se acercó más a él.

-¿Y yo qué gano?

-Tú... y todos los de esta aldea pueden seguir viviendo. -La sonrisa del hombre se amplió. Le faltaban algunos dientes.

Ya se lo había dicho alguna vez su abuelo. *Las personas son malas, pero los espíritus son aun más egoístas.* Su abuelo le había narrado la historia del niño-espíritu que obligó al pueblo entero a cavar una fosa tan grande, que la tierra decidió abrirse y formar el despeñadero que los separaba del pueblo vecino. *Abí murió mi hermano mayor, cuando yo apenas tenía cuatro años.* Gonzo había escrito ese cuento ya, hacía mucho, basándose en lo que pensaba eran las leyendas y locuras de su antecesor. Ese cuento seguía ahí, quizás podría dárselo a este hombre. No dudaba que pudiera encontrar alguna forma de cumplir su palabra y perjudicarlos.

-Está bien. Pero tengo que ir a mi casa por él. El hombre asintió y ambos continuaron caminando en silencio. Les tomó dos cuerdas llegar a la casa de Gonzo. En la entrada, el jardín yacía sumergido, y las flores amarillas se mecían como peces. Gonzo le pidió que lo esperara afuera.

Entró y cerró la puerta para evitar que se metiera más agua a su casa. Fue hacia su mesa de noche, donde guardaba las hojas ya escritas. Sacó el cuento de su abuelo, releyó la última hoja. Le gustaba, lo volvería a escribir para sí luego. Enrolló las hojas en la mano y se dispuso a salir.

Se detuvo a ver al hombre a través de la mirilla de la puerta. El cristal de la mirilla hacía que el hombre pareciera encapsulado en una gota de agua. Estaba mirando hacia el mar, dándole la espalda. Gonzo arrancó la última página del manuscrito. El hombre no necesitaba saber que medio pueblo, incluido su tío abuelo, moría por el capricho del espíritu.

-Tenga -le dijo. -Pero le falta el final. Ese va a tener que escribirlo usted mismo.

El hombre tomó las hojas, que se mojaron. La tinta escurrió en algunas de las palabras. El entrecejo de Gonzo se frunció al ver esto, su boca una línea. El hombre sacó de entre sus ropas una botella de vino vacía, y metió las hojas.

-Así estarán protegidas- le dijo. -A mi esposa le gustará... sí.

-Bueno, ahora váyase.

-Sí. Pero volveré, Gonzalo. Este cuento no me va a alcanzar por tanto tiempo. Tendrá que escribir otro o inundaré al pueblo. El hombre inclinó la cabeza en señal de despedida y se marchó. Gonzo lo siguió con la mirada y cuando ya apenas se distinguía en la noche, le pareció que el hombre se deshizo en agua. La ropa y la botella quedaron flotando y siguieron alejándose hacia el mar.

Gonzo entró a su casa, cerró la puerta y se sentó a escribir. Si con sus cuentos podía evitar que los habitantes del pueblo muriesen ahogados, iba a escribir toda la noche, todas las noches. Miró a su alrededor, pensó en las historias aprendidas de su abuelo. En las que había inventado de niño. Todavía tenía los zapatos mojados y llenos de arena, así que dejó la pluma para quitárselos. Después, tomó la pluma y comenzó a contar el único cuento que hasta el momento lo tenía como personaje.



## Pluma Blanca

Mi reflejo en la cerveza se ve hinchado, deforme. En especial mi boca. Dejo el vaso en la barra, disgustado de pensar que al beber, esos otros labios de cerveza tocan los míos. Aparto mi vista buscando distracción. Todos los cuerpos a mi alrededor se mecen como boyas en una alberca por el retumbe de la tambora que inunda el lugar. Pongo mis manos en la barra para detener cualquier vaivén subconsciente. Mi muñeca se refleja ahora en el vaso de cerveza y noto (no por primera vez esta noche) que el reloj se rehusa a avanzar.

Están los mismos clientes de siempre. Desde una de las mesas siento la mirada de un colega de la universidad, que me mira con el rostro inclinado y los párpados entrecerrados, hábito natural de este desierto para evitar el sol que rebota en calles y arena y se te encaja en los ojos. Aquí adentro, en la penumbra del bar, ya no es necesario esa mirada de lagartija, pero es difícil romper el hábito. Sé que hasta yo lo miro así. Hasta esa mujer-demonio que me mira desde la pared, sus cabellos convirtiéndose en astros y entelequias, tiene los ojos entrecerrados. El pintor ha hecho un gran trabajo con ella, acomodando sus senos a un visillo en la pared. Un viejo asiduo del bar descansa su cabeza sobre uno de los pechos, el vaso de cerveza inclinado en su mano. Escucha sin atención a uno de sus compañeros de farra, quien, absorto en el discurso revolucionario que imparte, ignora cómo el joven con quien habla se limpia sin disimulo la saliva que le llueve desde la boca desdentada.

Me dan asco, al igual que mi cerveza.

Decido salir del lugar.

Al abrirme paso por entre los cuerpos, mis brazos chocan contra la humedad que los empapa. Una muchacha empuja la mano que he apoyado en su hombro para no caer. Le pido

disculpas con una sonrisa que ella no devuelve. Sigo adelante, reptando por entre la masa pangeática, hasta divisar la salida. Los dibujos y frases que decoran las paredes están ausentes, pues al lado de la puerta hay un gran espejo, en el cual algunas gatas (por no llamar de peor forma a esas mujeres) analizan sus miradas seductoras y la correcta posición de sus tangas antes de entrar. Pero entre ese despliegue de feminismo barato que refleja el espejo, distingo a un hombre pasar cerca de mí: el mentón cuadrado, la nariz demasiado pequeña, el saco café manchado de gis de un maestro de escuela. Un hombre igual que yo, tan idéntico que siento escalofríos. Y curiosidad.

Así que lo sigo.

La marea de cuerpos me deja rezagado. Parece dirigirse al fondo del antro. Me siento como en un sueño, sin lograr avanzar, un déjà vu invadiéndolo todo. Camina por un pasillo estrecho que da a las cocina, a los baños y a la salida de emergencia. Sale por ella, y antes de desaparecer, la luz de un foco amarillento que se filtra por la puerta me permite ver que el hombre que persigo tiene hasta la misma verruga que yo en la nuca.

Camino por el pasillo y el olor a orines y mota se enclava en mi esófago. Por momentos no me deja respirar. Pero hay menos personas en el pasillo, así que logro salir rápido al exterior.

En el callejón, junto al contenedor de basura, hay una mujer o niña tirada. Parece una muñeca abandonada. Más allá no diviso ninguna otra salida. Tampoco está mi doppelganger.

Intento no pisar los pliegues del vestido de esa cáscara de mujer que está tirada en el piso, su cabello desparramado alrededor del bote de basura como si éste hubiese escurrido un magma café. Sus ojos verdes están abiertos con el movimiento ocular congelado, la mirada fija en un punto distante, viendo el origen de las estrellas. Los bordes rojos y el iris demasiado extenso y blanco. Me acerco a ella, pero sus ojos siguen viendo las verdades de alguna distante constelación sin reparar en

mí. Volteo al cielo, consciente de que debo encontrar a Casiopea, pero conciente también de que hay mucha luz en esta noche como para ver las estrellas. Regreso mi vista al suelo, pues mi pie es detenido por la mano de la joven, por los dedos fríos como agua, su mirada aún perdida en el espacio.

Escucho cerca el sonido de una gotera constante. Siento como si una marea se estuviese llevando grillos y cucarachas, papeles, chicles y hasta mis pies, mi cuerpo, y comienzo a flotar. Floto en un mundo refractado en que miro a la joven y miro a la joven y la miro desde cada ladrillo de la pared y estrella del cielo, como una mosca que mira mil pantallas de televisión en cuyo centro está ella, la presa, hilando el imperceptible movimiento de su nariz al resonar de mi corazón. Respiro y el vaivén me mece en ese flujo, y ella se sustituye por otras mujeres en cada uno de mis latidos, los barbilla recordándome a otra amante, el cuello tornándose frágil, las comisuras de los ojos alargándose más y más hasta volverse hendiduras en la piel.

De pronto se incorpora, queda sentada sin soltar mi tobillo. La distancia entre nosotros se vuelve mínima, su cara casi a la altura de mi sexo, uno de sus pies de uñas negras asomándose del vestido que antes cubría toda su piel prístina. Su mano, en mi tobillo, tiene también las uñas negras. Me parece sentir el latido de su propia sangre a través de sus dedos, acompasado a mi flujo, mi flujo fluyendo ahora por ella, vuelto vida de dos cuerpos. Me suelta, pero la sensación permanece ahí, quemada en frío. Se pone de pie apoyándose en la pared, subiendo como una oruga aprovechándose de la fricción. La miro tan intensamente que siento que en cualquier momento haré fluir la electricidad de sus ojos ausentes con el magnetismo que le imprimo a mi mirada, y que me verá. Y así sucede, por un segundo me mira, lúcida, habiendo salido del mar que la ahogaba y dice mi nombre, su mirada volviéndose a perder en la ciénaga del destiempo de la droga.

El sonido de su voz y mi nombre la transforma inmediatamente en alguien que creo reconocer, su imagen se asienta en mi mente, pero flota alrededor sin asociarse a ningún momento en específico de mi vida. Sin embargo me es tan conocida que estoy seguro que la he besado y que hay un punto en su espalda en que mi mano se ha posado, pero más allá de eso, ella permanece en tinieblas. Levanta un brazo, como para asirse a mí, pero no me toca, se queda a distancia y tiempo de mí, viajando entre su galaxia y mi galaxia. La puerta del antro se abre y noto cómo la música se ha detenido, no ha cruzado el umbral hasta nosotros: estamos en el silencio del centro del universo, su brazo extendiéndose sin llegar, mi cuerpo rígido, expectante.

Abre la boca, como si para hablar, y la obscuridad encima de su lengua, de pronto, se vuelve un hoyo negro gigante que me traga. Ser tragado duele, duele en la nuca, y lo último que veo son sus ojos verde mar.

## Post-cuento de hadas

-¡Espejos! -dijo, y corrió hacia la sala. Ahí estaban todos los espejos de la abuela Margareta, cubiertos con sábanas mostaza, para evitar que pasara el tiempo en esa casa. Lo primero que había que hacer era descubrirlos y abrir las ventanas para que el tiempo congelado se espantara con la luz. Así la casa comenzaría a tener vida.

Claro, para llegar hasta los espejos en una casa sin tiempo, tuvo que empujarse de todas las esquinas y puertas, de las paredes, sosteniéndose en los muebles (ninguno enmohecido ni con telarañas) para luchar contra un aire de melaza, aglutinado, que evitaba su avance. Llegó y en cuanto descubrió el espejo, cayó al piso, pues la gravedad y ligereza del aire fresco habían regresado a la casa. Se levantó y se miró al espejo: ahí estaba él, casi un extraño con las nuevas arrugas en la cara.

Hizo pasar a los niños.

-Podéis destruir la casa -les dijo- mas no tocar los espejos.

Hansel y Gretel asintieron con la cabeza, pero al quedarse solos, Gretel caminó sigilosa hasta la pared marrón, al espejo de marco dorado, y llevó un dedo tímido a la barrera de vidrio. Al tocarlo, ninguna mano saltó para atraparla como esperaba, pero la imagen de Gretel comenzó a reír. Gretel la miró asustada y retiró la mano al instante. Al terminar el contacto, el espejo regresó a obedecer los principios de la luz y la óptica. Pasado el susto, el efecto óptico le pareció divertido, así que lo repitió varias veces.

-Hansel, inténtalo -le dijo Gretel.

Podía verse detrás de ella el fantasma de Eva que aventaba al aire una manzana y la atrapaba, repetidas veces, con una sonrisa muy larga en sus labios sellados. Hansel, menor que Gretel en edad

y estatura, movió el taburete del sillón más cercano, se subió en él y alcanzó a duras penas a mirar a la altura de sus ojos el espejo con el marco dorado. Los ojos de otro Hansel lo vieron. La mano de Hansel, el verdadero, subió a tocar el espejo. Pero su manga se atoró en el marco dorado. El movimiento para soltarse fue suficiente para liberar al espejo del gancho que lo detenía. Cayó al piso haciéndose pedazos. Uno de ellos alcanzó a Hansel, y mientras se terminaba de desangrar en el piso, el otro Hansel salía del espejo, se quitaba el polvo de vidrio de las ropas, caminaba (y en su trayecto lo pisó, lo cual terminó de matarlo) hacia los otros espejos. Los cubrió todos uno a uno. Gretel intentó huir, pero en cada espejo su velocidad disminuía, hasta que quedó congelada en la habitación nuevamente sin tiempo, a media zancada, los brazos extendidos, la manzana de Eva tirada a sus pies.

## Velas

Nadie sabe qué fue primero, el fin de la luz o el regreso de la obscuridad. Pero así fue, y las calles de la ciudad se asemejaban en la nueva adquirida negrura a la de todas las otras ciudades, en todos los otros países. Ahora la única fuente de energía era el sol: en el día la vida florecía gracias a múltiples máquinas que la transformaban en combustible para las fábricas, edificios, coches y casas. Esto había terminado con la vida nocturna y los habitantes, que habían adquirido el color moscabado y los ojos pardos de las sombras, se guardaban temprano por un toque de queda al que ninguna campana tenía necesidad de convocar. Afuera, en las calles, los escaparates se mostraban opacos, los parques habían perdido ese misterio conferido por los claro oscuros de las lámparas mortecinas y amarillas y los callejones parecían haberse vuelto más numerosos y de mayor peligro. Pero, eran muy pocos los que caminaban por las calles para ver todo esto. Como los policías y los faroleros.

Kianicka era farolero. Antes de este trabajo, no había conservado ninguno por más de un par de meses: nadie necesitaba a un tipo viejo y poco inteligente como trabajador. Pero el puesto de farolero había sido concebido, según solía pensar mientras rondaba las calles en busca de sus farolas, justo para él. Después de dos años, se sentía capaz de realizar el recorrido sin la ayuda de la vela que el gobierno le proporcionaba para guiarse: recorrer la ciudad, encontrar las esbeltas y alargadas construcciones al estilo de la herrería medieval en cuya punta se encontraban las cuatro paredes de vidrio que velaban la luz de las llamas. Debía asegurarse que cada una de ellas bailara y si no, sacar de su alforja la preciada esencia de la luz, cambiarla por aquella que estaba agotada y con una chispa, cual si fuera dios, devolverle la luz al mundo. Pero lo principal era cuidar las velas, pues eran un artículo de lujo, muy escaso, y parte de su tarea era rondar por sus calles -aunque supiera que las

velas no se habrían acabado- para ahuyentar cualquier posible ladrón. Poseer una vela era ilegal, a menos que se fuera farolero o farola.

Raras veces encontraba gente en las calles. Algún policía, o una pareja que rompía las reglas y buscaba un rincón para disfrutar de la obscuridad total. A veces algún transeúnte vestido de gris, apurado, el peso de la noche pisándole los talones. Kianicka había aprendido a no hablar con ninguno de ellos porque eso daba pie a que se acercaran y le pidieran velas, intentaran sobornarlo, comprárselas e incluso golpearlo. Las pocas veces que algún hombre desesperado por una vela lo abordaba, Kianicka, sintiendo sobre sí los ojos del Funcionario desde las sombras interminables de la calle, les negaba la luz y continuaba su trabajo con oídos sordos a las súplicas y maldiciones. Al final de la noche, regresaba a casa con las manos llenas de cera y hollín.

Su casa estaba amueblada por un camastro y una mesa donde colocaba sus más preciadas posesiones: los cabos de velas que retiraba de las farolas, salvadas para mirarlas con arrobamiento desde el cobijo de su lecho en sus horas de insomnio y soledad del mediodía. El cuarto no tenía ventanas, así que la obscuridad era completa e igual a la de la noche, y mientras una vela destruía tímida la falta de luz, él, con una navaja, tallaba la cera de las otras velas, dándoles formas de búho, serpientes, bailarinas, o cualquier otra figura que pudiera derivar del cilindro de cera. Las sobras las guardaba en una lata vacía que después calentaba, para hacer más figuras de cera.

Y así transcurría su vida, en la soledad de las calles de noche y de su cuarto de día. Intercambiaba sólo algunas palabras con el Funcionario que le daba las velas y el pago por su trabajo.

Una noche, si es posible más silenciosa y, eso sí, más fría que las demás, en que la luna se encontraba cerca de perecer por completo y que él se disponía, trepado en la escalera, a apagar los



últimos estertores de la llama de la única farola de la calle, vio a un hombre doblar por la esquina a toda carrera. El hombre continuó su carrera por la acera, acercándose cada vez más a él. Vestía naturalmente de gris y corría con la pesadez de un cuerpo viejo forzado por la urgencia. A pocos metros de él, el hombre se percató de su presencia. En el momento en que sus ojos se miraban —los de Kianicka café y mudos, los del hombre dilatados, frenéticos— el desconocido tropezó. Habría sido gracioso si el golpe no hubiera sonado seco y sordo en el silencio de la noche. Kianicka descendió un peldaño de la escalera instigado por el resabio de un desaparecido instinto de ayuda; pero el caído no tardó en incorporarse y Kianicka permaneció con un pie en el aire. Luego escuchó el sonido de pasos apresurados.

El hombre volvió a mirar a Kianicka con ojos dilatados y frenéticos. *Son azules*, pensó Kianicka, como una única verdad que se pegó a su cerebro en la rapidez de los acontecimientos. Sin dejar de mirarlo, el hombre se escondió detrás de una columna al lado de la farola. Kianicka rompió el contacto visual al ver que por la esquina, el ruido de los pasos se había materializado en tres policías que avanzaban con rapidez.

La llama se apagó. La oscuridad momentánea distrajo a Kianicka de los ojos azules y los uniformes grises, e instintivamente, buscó en la alforja su navaja. Raspó con cuidado los restos de cera de la vela anterior, devolvió la navaja a la alforja y tomó una vela nueva. Los policías llegaron hasta él mientras realizaba estos movimientos.

-¿Has visto pasar por aquí a un hombre corpulento? -preguntó uno de ellos, mientras hacía ademanes de la altura aproximada del hombre que buscaban. La pronunciación marcada que había utilizado el policía retumbó en el silencio. Las palabras rebotaron en los oídos de Kianicka durante los segundos que éste tardó en pensar su respuesta.

-No -contestó simplemente. La palabra escurrió pastosa, como granos de arena, desde su boca, pero sirvió para que los policías, después de mirarlo con desconfianza, continuaran su camino.

Kianicka sacó el mechero y encendió la vela. Guardó la caja de fósforos en el bolsillo superior de su saco, cerró la compuerta del farol con llave, bajó los cinco peldaños y tomó la escalera bajo el brazo. El hombre, tras la columna, preguntó: -¿Ya se fueron?

-Sí.

El hombre abandonó su escondite. Kianicka volvió a mirar los ojos azules, y comenzó a caminar hacia su casa.

-Espera, yo... me buscan -las palabras del hombre no sorprendieron a Kianicka. Hacía mucho que no veía ojos azules, quizás desde que era niño. Los habían mandado matar a todos, después de casi ganar la tercera guerra. Eso había sido veinte o treinta años antes de que llegara la obscuridad.

-Ayúdeme.

El silencio duró más de treinta segundos, volviéndose incómodo, pero ninguno de los dos se movió. Finalmente el hombre dijo:

-Gracias por no delatarme... ¿Pero de qué sirve, si no tengo a dónde ir?

Kianicka se rascó la cabeza. Después suspiró y comenzó a caminar hacia su casa, luego de hacerle una señal al hombre para que lo siguiera. En la mañana, cuando viniera el funcionario, si el hombre no se había marchado por cuenta propia podría entregarlo y librarse del problema.

Llegaron al hogar de Kianicka. El hombre recorrió el cuartucho con la mirada y sonrió al ver las figuras de cera. Quizás pensó que Kianicka era un subversivo y éste no se molestó en corregirlo. Se sentó en el borde de la cama. El hombre lo imitó. Kianicka prendió una de sus bailarinas para que iluminaran el cuarto sin ventanas. Ambos miraron la luz de la vela en silencio, hasta que ésta se derritió y Kianicka sacó fósforos para prender otra.

-Ya hay luz afuera, no se necesita la vela -dijo el hombre.

Kianicka no respondió y prendió la mecha. Se sentó.

-Es hermosa –agregó el hombre al no recibir respuesta.

Kianicka se levantó por una taza y la llenó con el contenido frío de una cafetera.

-No te puedes quedar aquí.

-Pero...

-Vendrá el funcionario y te descubrirá. El problema son tus ojos azules -y en efecto, lo eran. El pelo negro servía de camuflaje, pero los ojos azules lo delataban.

-Y qué hago, ¿me los quito? -el enojo del hombre flotó en el aire mientras Kianicka tomaba el cuchillo para untar mantequilla en un pan. Ante el silencio, el hombre agregó:

-No quiero ser ciego.

-Nadie quiere, pero de todos modos en la noche nadie ve.

-Tú ves.

-Yo no tengo ojos azules.

El hombre volvió a observar la vela. Kianicka se sentó en la cama y se agachó para sacar de debajo de la cama su cuchillo y los cadáveres de otras velas. Encajó la punta en el cuerpo de cera y escarbó un triángulo profundo. Repitió lo mismo a un centímetro del agujero anterior y después esculpió una llaga mayor, una especie de boca o mueca en la cera, y raspó la extremidad superior de la vela, como si fueran volutas de cabello. Kianicka oyó dos golpes secos en la puerta. Se levantó a abrir. El hombre tomó el cuchillo que yacía sobre la cama. Después apagó la vela y se escondió en las pocas tinieblas que quedaban, dispuesto a ver el final.

## Curriculum Vitae

Silvana Ayala Peláez nació en Hermosillo, México en 1985. Se graduó de Ingeniería en Mecatrónica del ITESM-CSN en el 2007, recibiendo el premio Joven Total por su desempeño en el área académica, artística y de liderazgo en esa institución. Fue parte del proyecto “International Business Development Exchange”, como interna de la compañía Earth Knowledge del Parque de Ciencia y Tecnología de la Universidad de Arizona. Fue ponente durante la Xma. Conferencia del Consorcio para la Colaboración de la Educación Superior en América del Norte (CONAHEC) “Más allá de las fronteras: Construyendo puentes de colaboración en la Educación Superior”, en San Juan de Puerto Rico 2005. Desde hace tres veranos es instructora del Astronomy Camp de la Universidad de Arizona. Publicó un ensayo en la Revista de literatura mexicana contemporánea titulado “Análisis de la autocrítica de Alfonso Reyes con base en sus propias teoría sobre la crítica” (Marzo 2010, Núm 44, p. 63-72). Sus poemas han sido publicados por Río Grande Review, Border Senses, y el Rincón Bohemio. Recibió una Mención Honorífica en la categoría de cuento en el XVIII Concurso de Creación Literaria del Sistema Tec de Monterrey, 2004 con “Aria con 8 variaciones”.

Dirección permanente: Vasco de Quiroga No. 21 Col. Los Arcos. Esq. Zumarraga

Hermosillo, Sonora MX. CP 83250